

LA DIOSA DE LAS PROFUNDIDADES

Joseph Berna

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

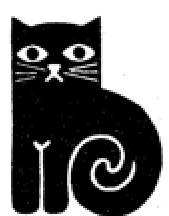


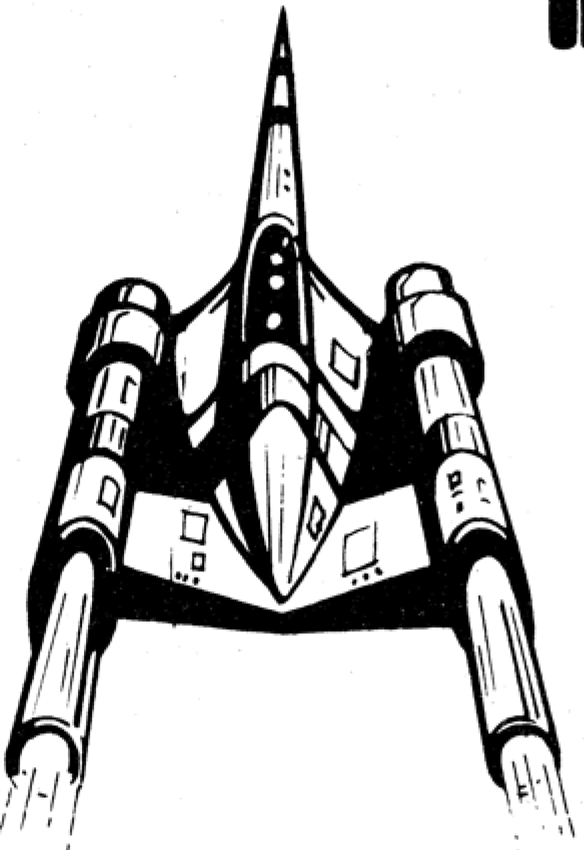
LA DIOSA DE LAS PROFUNDIDADES

Joseph Berna

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

635 — *Infiltrados*, Ralph Barby

636 — *Viaje a lo desconocido*, Joseph Berna

637 — *No eran de este mundo,* Kelltom Mclntire

637 — *¡Jo, qué pequeñitos!, Ralph Barby*

639 — *Tomado cósmico,* Glenn Parrish

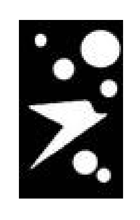
JOSEPH BERNA

LA DIOSA DE **LAS** PROFUNDIDADES

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 640

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 31.562-1982

Impreso en España - Printed in Spain

l.ª edición: noviembre, 1982

l.ª edición en América: mayo, 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

La nave se hallaba dispuesta para partir.

Una nave moderna, veloz, segura.

Y, por tanto, cara.

Pero Zenon Fleisher, su propietario, tenía mucho dinero y podía permitirse el lujo de poseer una nave como aquélla. En realidad, era uno de los hombres más ricos de San Francisco, en cuyo astropuerto se hallaba posada la nave.

Lars Blinn y Viktor Kolesnikov, piloto y copiloto, respectivamente, habían revisado todos los mandos y los distintos aparatos electrónicos, para asegurarse de que funcionaban con absoluta normalidad.

Lars y Viktor, además de compañeros de trabajo, eran grandes amigos.

Y no dejaba de ser curioso, porque el primero era norteamericano y el segundo ruso. A pesar de ello, se llevaban estupendamente.

Lars Blinn tenía veintiocho años, rozaba el metro ochenta de estatura, y poseía un cuerpo fuerte y atlético, sin un solo gramo de grasa. Era moreno, y sus facciones resultaban muy del agrado de las mujeres, con las que Lars solía tener bastante éxito.

Viktor Kolesnikov contaba treinta y dos años de edad, medía exactamente 1,95 de estatura, y era extraordinariamente corpulento. Un verdadero gigante, todo músculos y vigor. Tenía el pelo rubio, muy corto, los ojos azules, y la nariz chata. Sus facciones, aunque rudas, resultaban simpáticas.

Y es que Viktor era un tipo muy alegre.

Siempre estaba sonriendo.

Raramente se enfadaba, pero cuando esto ocurría, se convertía en un tipo muy peligroso, debido a su fortaleza.

Lars lo había visto pelear en varias ocasiones, y era realmente temible. Cada puñetazo que daba, valía por tres, lo que le hacía prácticamente invencible.

En cierta ocasión, no muy lejana, y por defender a una guapa

camarera, Lars y Viktor se liaron a castañazos con seis individuos en un club nocturno.

¡Y pudieron con todos!

Y es que Lars Blinn también pegaba duro.

Aquel incidente acabó muy bien para Lars y Viktor, y no sólo por su victoria sobre la media docena de individuos, sino porque el encargado del club, agradecido por su intervención en defensa de la camarera, les invitó a beber gratuitamente cuanto quisieran.

Por si fuera poco, la atractiva camarera, agradecida también por la valiente y eficaz intervención de los dos amigos, durmió aquella noche con Viktor.

No, no crea el amable lector que Lars durmió solo esa noche.

La pasó con otra camarera del club, muy amiga de la que había sido molestada por los individuos. Era tan atractiva como su compañera, y muy cariñosa, también.

Lars y Viktor pasaron una noche inolvidable.

Fue una de las muchas aventuras que los dos amigos solían correr cuando Zenon Fleisher no los necesitaba para realizar algún viaje en su magnífica nave.

Lars y Viktor estaban encantados de trabajar para Fleisher.

El millonario les pagaba un sueldo importante, y les dejaba mucho tiempo libre para divertirse, ya que sólo recurría a ellos cuando tenía que viajar.

El día anterior les había avisado de que debían tener la nave dispuesta para partir por la mañana, y Lars y Viktor se habían preocupado de tenerlo todo a punto.

Como siempre que se preparaban para emprender algún viaje, los dos amigos vestían sendos monos plateados, muy ligeros y brillantes. Resultaban muy cómodos, lo mismo que las botas, de media caña, doradas y flexibles. Un cinturón, ancho e igualmente dorado, completaba su indumentaria de vuelo.

Lars Blinn consultó el reloj digital de la cabina de mandos.

—Son casi las ocho. El señor Fleisher no tardará en llegar.

—¿A qué hora dijo que vendría? —preguntó Viktor Kolesnikov.

—A las ocho.

—¿Con cuántas mujeres, en esta ocasión?

Blinn sonrió.

—Eso no lo dijo, Viktor.

—La última vez, llegó acompañado de cuatro. ¡Y cómo estaban, las condenadas! —el ruso trazó en el aire una silueta femenina con sus manos.

El norteamericano rió.

—Sí, eran cuatro monumentos de chicas.

—Todas las que le acompañan en sus viajes lo son, qué demonio. Se diría que elige únicamente a las ganadoras de los concursos de belleza que se celebran en todo el mundo. Jóvenes, hermosas, con mucho de todo...

—Es lógico, Viktor. Zenon Fleisher posee una gran fortuna, y sigue soltero, a pesar de haber rebasado ya la frontera de los cuarenta. Y no tiene nada de feo. Las mujeres acuden a él como las moscas a la miel. Y todas lo hacen con la esperanza de conquistarle, de enamorarle perdidamente, para que se decida de una vez a perder su soltería. La que lo consiga, compartirá los millones, los lujos y los caprichos de Zenon Fleisher.

Kolesnikov movió la cabeza en sentido negativo.

—Pierden el tiempo, Lars, y tú lo sabes. Fleisher no quiere casarse, prefiere seguir soltero, acostándose cada noche con una mujer distinta. Tiene todas las que quiere. Y las tiene gratis.

—Fleisher es un tipo afortunado, sí. Aunque nosotros, en ese aspecto, tampoco podemos quejarnos.

—Desde luego que no. ¡Somos dos conquistadores de primera! —aseguró el rubio, riendo.

—No se nos da mal, ésa es la verdad. Con las chicas que acompañaron a Fleisher en el último viaje...

—¡Toma, y con las anteriores! Fleisher se trae tantas, que no puede complacerlas a todas a la vez. Y nosotros, que somos unos tipos muy comprensivos, le echamos una mano.

—Y muy gustosamente, además.

Los dos amigos rieron a dúo.

Apenas un par de minutos después, Zenon Fleisher subía a bordo, acompañado de tres mujeres.

Eran tres auténticas bellezas, como de costumbre.

Zenon Fleisher era un tipo de estatura media, ni grueso ni delgado, de pelo negro. Lucía un fino y cuidado bigote. Vestía un traje rojo oscuro, de una sola pieza, y portaba un maletín en la mano.

—Buenos días, muchachos —saludó, con una amplia sonrisa.

—Buenos días, señor Fleisher —respondieron a la vez Lars y Viktor, que ya estaban echando la primera ojeada a las tres beldades que el millonario se había traído consigo en esta oportunidad.

—¿Está lista la nave para partir? —preguntó Zenon.

—En cuanto usted lo ordene, señor Fleisher —contestó Lars.

—Magnífico. Chicas, éstos son Lars y Viktor, piloto y copiloto de la nave. Son dos tipos muy expertos, y viajar con ellos es viajar seguro.

Una de las bellezas tendió la mano a los dos amigos.

—Mucho gusto —dijo, con una preciosa sonrisa.

—Es Katarina Sachse —presentó Fleisher a la chica.

Lars se apresuró a estrecharle la mano.

—El gusto es nuestro, Katarina.

—Ya lo creo —dijo Viktor, estrechando también la mano de la joven.

Katarina Sachse aparentaba unos veintitrés años de edad, tenía el cabello rubio platino, los ojos suavemente rasgados, la nariz pequeña, y una boca terriblemente tentadora.

Vestía un traje azul celeste, brillante y tan ajustado a sus espléndidas formas, que era como contemplarla desnuda, pero con la piel teñida de azul.

—Yo soy Dominique Coster —se presentó otra de las chicas.

Lars y Viktor estrecharon la manita de Dominique, otro monumento de mujer. Era morena, de ojos ardientes y labios muy rojos. Se le podían conceder unos veinticuatro años. Su traje, de color malva,

dibujaba también con descaro sus formidables curvas de mujer en la plenitud de su belleza.

—Y yo, Tanija Berg —se presentó la tercera de las chicas.

Parecía la más joven de todas.

Veintiuno o veintidós años, a lo sumo.

Tenía el cabello dorado, los ojos color whisky, la naricilla graciosamente levantada, y los labios carnosos y brillantes. Al igual que Katarina y Dominique, Tanija lucía un ceñido traje de una sola pieza, color maquillaje, que se lo marcaba todo.

Y había tanto que marcar…

Lars Blinn y Viktor Kolesnikov estaban realmente entusiasmados.

Ambos opinaban que Zenon Fleisher se había superado a si mismo en cuanto a la elección de sus compañeras de viaje, pues Katarina, Dominique y Tanija eran el no va más.

Las chicas anteriores eran esculturales, pero éstas de ahora las superaban claramente, se las mirase por donde se las mirase.

Y como el millonario no podría con las tres, Lars y Viktor estaban deseando ya echarle una mano en tal menester.

Katarina, Dominique y Tanija se habían dado cuenta de que su belleza y perfección de formas habían impresionado al piloto y al copiloto de la nave, y ello parecía complacerlas.

Zenon Fleisher también se había dado cuenta, naturalmente.

Pero no le molestaba en absoluto que Lars y Viktor se hubieran quedado prendados de las chicas. Como tampoco se molestaría si intimaban con ellas.

En realidad, siempre llevaba tres o cuatro chicas por eso, para que él y sus empleados pudieran divertirse durante el viaje, que solía durar entre dos y cuatro semanas.

Y eso era mucho tiempo, para pasarlo sin tocar a una mujer.

El millonario sonrió y dijo:

—Bien, creo que debemos partir, muchachos.

—En seguida, señor Fleisher. ¿Cuál es nuestro punto de destino, en

esta ocasión? —preguntó Lars.

—Galtio —informó Zenon.

CAPITULO II

Viktor Kolesnikov respingó nerviosamente al oír el nombre del planeta al que deseaba viajar Zenon Fleisher.

Miró a Lars Blinn, esperando que éste dijese algo.

Pero Lars no hizo comentario alguno.

—Vamos, Viktor —se limitó a decir, y caminó hacia la cabina de mandos.

El ruso fue tras él.

Zenon Fleisher indicó:

—Seguidme, chicas. Os mostraré vuestros camarotes.

Katarina Sachse, Dominique Coster y Tanija Berg siguieron al millonario.

Lars y Viktor ya estaban en la cabina de mandos.

El primero ocupó su sillón y preparó el despegue de la nave.

El ruso se sentó en el otro sillón.

—Lars... —murmuró.

—¿Qué?

—¿Dijo Galtio, el señor Fleisher...?

—Sí, eso dijo.

—¿Qué diablos se le habrá perdido en Galtio?

—No lo sé.

—Galtio es un planeta muy lejano, Lars.

—Cierto. Pero para esta nave no hay distancias, tú lo sabes.

—En realidad, no es la distancia lo que me preocupa, Lars.

—¿Qué es, entonces?

—Las cosas que se cuentan sobre Galtio.

—¿Qué cosas, Viktor?

—Oh, vamos, Lars. Tú estás tan enterado como yo.

—Bueno, he oído algunas leyendas, pero...

—No creo que sean leyendas, Lars. En Galtio suceden cosas muy extrañas. Es como si el planeta estuviera embrujado.

El norteamericano sonrió.

—No digas tonterías. Viktor

—¿Tonterías?

—Yo no creo en brujas ni en brujos. Nunca he creído, y nunca creeré. ¿Crees tú, Viktor...?

—Hombre, yo...

—Estamos en el año 2095, casi en el siglo XXII. Y creer en brujas o en brujos a estas alturas...

—Yo no he dicho que crea, Lars —rezongó el ruso-. Me he limitado a comentar que en Galtio ocurren cosas muy extrañas, según cuentan quienes han estado allí alguna vez. Hechos insólitos, sorprendentes, carentes de toda lógica.

—Sin duda la tienen, Viktor. Lo que sucede es que quienes han estado en Galtio, no han sabido encontrarla. Quizá se asustaron demasiado pronto, y eso les impidió hallar una explicación lógica a lo que vieron.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro, compañero. Y, otra cosa que debes tener en cuenta, es que siempre se exagera un poco, y a veces mucho, cuando se relata un hecho que no suele suceder con frecuencia. Galtio tiene fama de planeta extraño y misterioso, son pocos los que se atreven a visitarlo, y cuando regresan a la Tierra, les falta tiempo para relatar su aventura, desorbitando los hechos para atraer la atención de todos y despertar su interés por ese lejano planeta. Vieron una hormiga, y cuentan que vieron un elefante. Y, para que la cosa resulte fantástica, añaden que el elefante tenía alas. O que tenía tres trompas, en vez de una.

El gigantón rubio se quedó mirando a su amigo.

—Yo no he oído hablar de elefantes alados, o con tres trompas,

Lars…

Blinn rió.

—Tampoco yo, Viktor.

—¿Por qué, entonces…?

—Era sólo un ejemplo, muchacho.

—Entiendo.

—No debes preocuparte, Viktor. Verás como Galtio no resulta tan fantástico como los que quienes lo han visitado aseguran. Y el señor Fleisher se llevará una desilusión.

—¿Desilusión?

—Si, porque sospecho que ésa es la única razón de su viaje. Ha oído hablar de ese planeta, y le entraron ganas de visitarlo. Ya sabes que es muy caprichoso.

—Con tantos planetas hermosos que hay en la Vía Láctea… —masculló Kolesnikov.

—Hablando de cosas hermosas… ¿Qué te parecieron las chicas que el señor Fleisher ha invitado en esta ocasión?

El rostro del ruso se iluminó.

—Maravillosas, Lars.

—¿Ya le has echado el ojo a alguna en particular? —A las tres.

—Igual que yo.

Los dos amigos rompieron a reír alegremente.

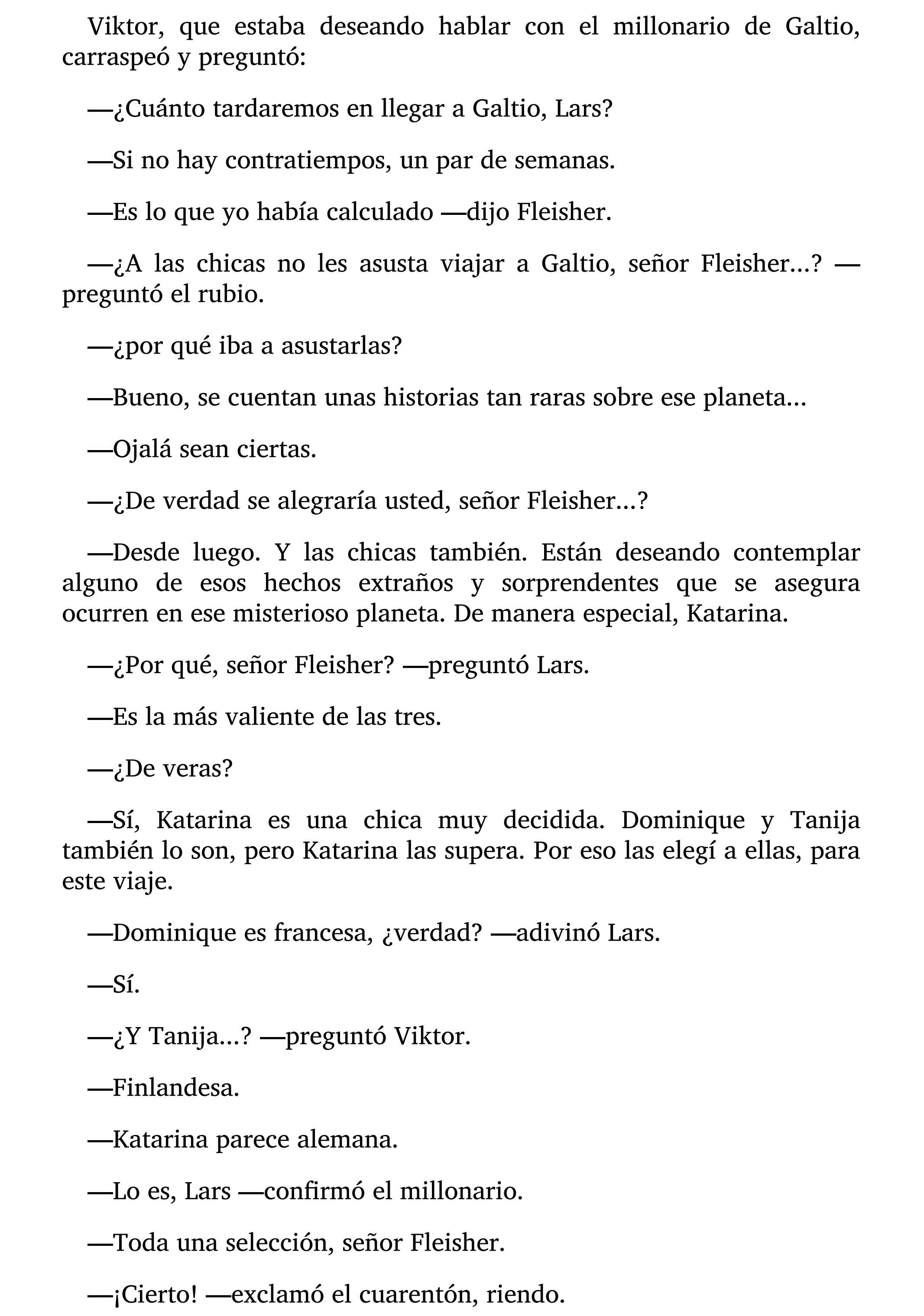
* * *

La nave surcaba ya velozmente el espacio sideral, en busca de los límites del Sistema Solar, cuando Zenon Fleisher entró en la cabina de mandos.

—¿Cómo va todo, muchachos?

—Perfectamente, señor Fleisher —respondió Lars.

—Me alegro.



Viktor, que estaba deseando hablar con el millonario de Galtio, carraspeó y preguntó:

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Galtio, Lars?

—Si no hay contratiempos, un par de semanas.

—Es lo que yo había calculado —dijo Fleisher.

—¿A las chicas no les asusta viajar a Galtio, señor Fleisher…? —preguntó el rubio.

—¿por qué iba a asustarlas?

—Bueno, se cuentan unas historias tan raras sobre ese planeta…

—Ojalá sean ciertas.

—¿De verdad se alegraría usted, señor Fleisher…?

—Desde luego. Y las chicas también. Están deseando contemplar alguno de esos hechos extraños y sorprendentes que se asegura ocurren en ese misterioso planeta. De manera especial, Katarina.

—¿Por qué, señor Fleisher? —preguntó Lars.

—Es la más valiente de las tres.

—¿De veras?

—Sí, Katarina es una chica muy decidida. Dominique y Tanija también lo son, pero Katarina las supera. Por eso las elegí a ellas, para este viaje.

—Dominique es francesa, ¿verdad? —adivinó Lars.

—Sí.

—¿Y Tanija…? —preguntó Viktor.

—Finlandesa.

—Katarina parece alemana.

—Lo es, Lars —confirmó el millonario.

—Toda una selección, señor Fleisher.

—¡Cierto! —exclamó el cuarentón, riendo.

Lars y Viktor rieron también, claro.

* * *

A la hora del almuerzo, Lars Blinn conectó el piloto automático y él y Viktor Kolesnikov abandonaron la cabina de mandos, trasladándose al comedor de la nave.

Katarina, Dominique y Tanija se habían encargado de preparar el almuerzo y servirlo a la mesa, cuya cabecera ocupaba Zenon Fleisher, como dueño y señor de la nave.

Dominique y Tanija se sentaron a su lado, la francesa a la derecha y la finlandesa a la izquierda, mientras que la germana Katarina se sentaba en el otro extremo de la larga mesa.

Lars se sentó junto a Dominique, y Viktor lo hizo frente a él, al lado de Tanija.

El almuerzo transcurrió en un clima alegre y cordial, simpatizando rápidamente Lars y Viktor con las chicas, y viceversa. Charlaron todos por los codos, incluido el millonario.

Lars y Viktor pudieron comprobar que era cierto que Katarina, Dominique y Tanija no tenían miedo de visitar Galtio. Se veían las tres muy ilusionadas en aquel viaje, y estaban deseando averiguar si era verdad lo que se contaba sobre Galtio, o eran solamente fantasías y exageraciones de quienes habían estado en el lejano planeta.

Viktor dejó de preocuparse por lo que pudiera suceder en Galtio, contagiado del entusiasmo de las chicas. Si ellas, que eran mujeres, no sentían ningún temor de viajar al misterioso planeta, ¿cómo iba a sentirlo él, un hombretón de casi dos metros de estatura y alrededor de ciento quince kilos de peso...?

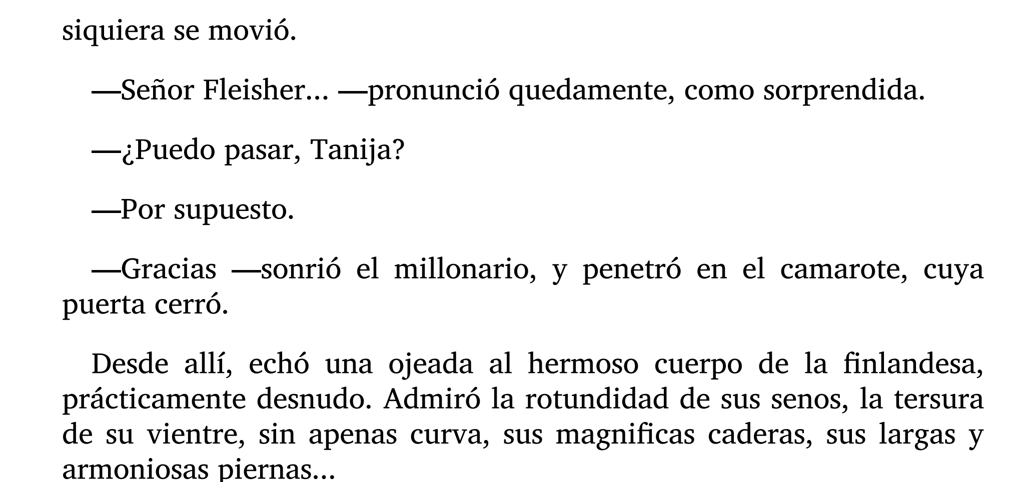
¡Estaría bueno!

Tras el almuerzo, Lars y Viktor regresaron a la cabina de mandos, Zenon Fleisher se retiró a su camarote, para echarse un par de horas de siesta, y las chicas hicieron lo propio, después de quitar la mesa.

* * *

Tanija Berg se hallaba tendida en la litera de su camarote, boca arriba, sin más prenda encima que el breve pantaloncito brillante que protegía su intimidad.

De pronto, la puerta se entreabrió y Zenon Fleisher se asomó por el hueco. La finlandesa lo vio, pero no se cubrió con la sábana. Ni



siquiera se movió.

—Señor Fleisher... —pronunció quedamente, como sorprendida.

—¿Puedo pasar, Tanija?

—Por supuesto.

—Gracias —sonrió el millonario, y penetró en el camarote, cuya puerta cerró.

Desde allí, echó una ojeada al hermoso cuerpo de la finlandesa, prácticamente desnudo. Admiró la rotundidad de sus senos, la tersura de su vientre, sin apenas curva, sus magnificas caderas, sus largas y armoniosas piernas...

—Eres preciosa, Tanija —murmuró.

—Katarina y Dominique también lo son.

—Cierto, pero...

—¿Ha venido a hacerme el amor, señor Fleisher?

El millonario no respondió, pero se acercó a la litera y se sentó en ella. Comenzó a acariciar suavemente a la finlandesa, empezando por sus torneados muslos.

—¿No te apetece, Tanija? —preguntó.

—Sí, pero no quiero compartirle con ellas.

—¿Con quién?

—Con Katarina y Dominique.

—¿Quieres decir que...?

—Si desea hacer el amor conmigo, le complaceré encantada, pero tiene que prometerme que se olvidará por completo de Katarina y Dominique, señor Fleisher.

—¿Y si no te lo prometo...?

—Entonces, le rogaré que vaya en busca de Katarina o de Dominique, y se olvide de mí.

—¿Sabes que es la primera vez que una mujer me pone condiciones?

—Le creo.

—¿Por qué me exiges que me olvide de Katarina y Dominique, Tanija?

—No quiero ser una chica más para usted, señor Fleisher. Quiero significar algo, ser más que una cara bonita y un cuerpo deseable, porque no sólo tengo pechos, caderas, piernas y sexo, ¿sabe?. También tengo un corazón. Y, aunque usted no lo crea, el corazón es lo más importante de todo, porque cuando una mujer se entrega aun hombre con el corazón...

La mano del millonario, que ya había ascendido hasta los soberbios pechos de la finlandesa y los estaba acariciando con dulzura, se quedó quieta a la altura del músculo cardíaco de la muchacha.

—El tuyo late con fuerza en estos momentos, Tanija —observó.

—Lo sé.

—¿Late por mi?

—¿Por quién, si no?

Zenon Fleisher sonrió.

—Acepto tus condiciones, Tanija —dijo, inclinándose sobre ella y besándola en los labios.

La finlandesa alzó sus brazos desnudos y rodeó el cuello del millonario, al tiempo que le devolvía el beso con verdadera pasión.

CAPITULO III

El primer día de viaje tocaba ya a su fin.

Hacía un rato que los expedicionarios habían terminado de cenar y Zenon Fleisher, Katarina Sachse, Dominique Coster y Tanija Berg se habían ido a dormir.

En la cabina de mandos, Viktor Kolesnikov preguntó:

—¿Quién se retira primero a descansar?

—Tú —respondió Lars Blinn—. Aunque sospecho que lo de descansar, es un decir.

El ruso rió.

—Ojalá sea así.

—Lo será, estoy seguro. Hay tres mujeres a bordo, y el señor Fleisher sólo puede acostarse con una. Y, si mi olfato no me falla, ha escogido a Tanija para esta noche.

—¿Qué te hace pensar eso, Lars?

—Capté unas miradas muy significativas entre ellos, durante la cena.

—Si estás en lo cierto, tendré que decidirme entre Katarina y Dominique.

—Eso parece.

—Creo que lo intentaré con la francesa.

—Me parece muy bien.

—Cuando venga a relevarte, podrás intentarlo tú con la alemana.

—No dudes que lo haré.

—Te deseo suerte, Lars.

—Y yo a ti, Viktor.

—Te reemplazaré a la hora de costumbre.

—De acuerdo.

Viktor Kolesnikov salió de la cabina de mandos y se dirigió directamente al camarote que ocupaba Dominique Coster.

Abrió la puerta, aunque sólo unos centímetros.

Lo justo para aplicar el ojo y ver si la francesa estaba sola o acompañada de Zenon Fleisher.

Dominique estaba sola.

Se había acostado ya, pero no dormía.

Tenía un libro en las manos, y parecía hallarse totalmente enfrascada en su lectura.

Viktor, con el ojo que tenía aplicado a la grieta de la puerta, contempló los exuberantes senos de la francesa, que subían y bajaban suavemente, al compás de su acompasada respiración.

No pudo contemplar más cosas, porque Dominique se cubría con la brillante sábana hasta la cintura. No obstante, Viktor adivinaba que la bella y ardiente francesa se había desnudado completamente, antes de echarse en la litera.

El ruso empujó la puerta con suavidad y asomó la cabeza.

—¿Se puede?

Dominique Coster apartó sus ojos del libro que estaba leyendo y los clavó en el rostro del gigante rubio.

—Viktor... —murmuró, sin molestarse en cubrir sus enhiestos pechos con la sábana.

El ruso penetró en el camarote y cerró la puerta, aunque por el momento permaneció junto a ella.

—Hola, Dominique.

—¿Deseas alguna cosa, Viktor?

—Tenía ganas de verte, pero no me atrevía a venir.

—¿Por qué?

—Bueno, no sabía si el señor Fleisher...

—El señor Fleisher está con Tanija. Y no sólo esta noche. Las pasará todas con ella.

—¿Como lo sabes?

—Se lo prometió a Tanija, y ella nos lo dijo a Dominique y a mí.

—Vaya.

—¿Te alegras, Viktor?

—Creo que sí.

—Yo también.

—¿De veras?

—Sí, porque no me apetecía demasiado hacer el amor con el señor Fleisher. Especialmente, después de haberte conocido a ti —sonrió sensualmente la francesa.

—¿Quieres decir que...?

—Me gustaste desde el primer momento, Viktor. Tan alto, tan fuerte, tan musculoso... ¿Por qué no te quitas el mono para que pueda admirar mejor tu poderosa anatomía?

—Eso está hecho —respondió el ruso, y se despojó rápidamente del cinturón, de las botas, y del mono plateado, conservando únicamente el reducido slip.

Los ardientes ojos de la francesa brillaron significativamente al examinar el musculoso cuerpo del copiloto.

—Eres un verdadero titán, Viktor.

El rubio se acercó a la litera, cogió la sábana, y la retiró totalmente, descubriendo el portentoso cuerpo de Dominique Coster, completamente desnudo.

—Posee un cuerpo de diosa, Dominique.

Ella arrojó el libro y levantó los brazos.

—Te lo ofrezco sin condiciones, Viktor.

El ruso se tendió suavemente sobre la complaciente morena y la besó, mientras sus manos empezaban a recorrerlo todo.

Dominique le abrazó y le besó a su vez.

—Te voy a hacer muy feliz, gigantón... —susurró.

Y Viktor no dudó de que así sería.

* * *

En la cabina de mando, Lars Blinn fumaba tranquilamente un cigarrillo sin nicotina, mientras contemplaba la grandiosidad del Universo a través del mirador.

—Hola, Lars —oyó decir a sus espaldas.

El piloto se volvió al instante.

—Katarina... —musitó, gratamente sorprendido.

La hermosa germana estaba en la puerta de la cabina, sin decidirse a entrar. Se cubría con una corta bata brillante, e iba descalza. También ella tenía un cigarrillo en las manos.

—¿Puedo pasar, Lars?

—Por supuesto.

—¿No te molestaré?

—Al contrario. Viktor se ha ido a descansar, y estoy solo. Tu compañía me servirá de distracción.

—Gracias —sonrió encantadoramente la alemana, y penetró en la cabina, sentándose en el sillón del copiloto. Cruzó las piernas y explicó—: Me había acostado ya, pero no podía dormir.

—Me alegro.

—¿En serio?

—Sí, porque gracias a tu insomnio puedo disfrutar del placer de tu compañía.

—Muy amable, Lars.

—¿Sabes si Dominique y Tanija también están desveladas?

—Lo están, pero por otros motivos.

—¿Cuáles?

—Tanija está haciendo el amor con el señor Fleisher, y Dominique lo está haciendo con Viktor.

Lars tosió.

—Caramba, no lo sabía.

—¿Lo de Viktor y Dominique tampoco...? —pareció dudarlo la germana.

—Bueno, la verdad es que Viktor me había insinúa do que tal vez...

Katarina sonrió.

—Sabía que estabas enterado. Y sospecho que también sabías lo del señor Fleisher y Tanija.

—Lo intuía, solamente —confesó Blinn.

—Entonces, sabías que sólo quedaba yo.

—Sí.

—¿Pensabas venir a mi camarote, Lars?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Después de que Viktor me sustituyera.

—¿Y cuánto falta, para eso?

—Varias horas, todavía.

—Me quedo contigo hasta entonces, pues.

—¿Quieres decir que estás de acuerdo en...?

La alemana lo miró amorosamente.

—No sólo estoy de acuerdo, Lars, sino que estoy encantada. Eres un tipo muy atractivo. Y muy simpático, además. Me gustas, y sé que lo pasaré muy bien contigo.

Blinn alargó su mano derecha y la posó sobre los tentadores muslos de la germana.

—Tú a mí también me gustas muchísimo, Katarina.

—¿Lo dices sinceramente, o porque soy la única mujer que queda disponible a bordo?

Lars dejó de acariciarle las piernas y le ofreció la mano.

—Ven, Katarina —rogó.

Ella le cogió la mano y se levantó.

Lars la atrajo hacia sí y la hizo sentarse en sus rodillas.

—¿Qué vas a hacerme? —preguntó Katarina.

—Besarte, abrazarte, acariciarte…

—¿Y la nave…?

—Conectaré el piloto automático.

—Hazlo ya —rogó la alemana, pasándole los brazos por el cuello.

Lars conectó el piloto automático y besó a Katarina.

Ella colaboró activamente en la caricia.

Lars le abrió la bata y acarició los firmas senos de la germana, que poco después besaba y mordisqueaba deliciosamente.

Katarina, estremecida de placer, preguntó:

—¿De verdad tenemos que esperar varias horas para…?

Lars alzó la cabeza y la miró a los ojos.

—No, si a ti no te importa que nos amemos aquí —respondió.

—En absoluto —sonrió la bella germana, y su boca buscó el contacto con la del apuesto piloto.

CAPITULO IV

El viaje transcurrió con absoluta normalidad, y justo dos semanas después de haber partido de la Tierra, Galtio aparecía en la pantalla telescópica de la cabina de mandos.

—Ahí lo tenemos, Viktor —dijo Lars Blinn.

Viktor Kolesnikov clavó sus ojos en la pantalla.

—¿Es Galtio...?

-Sí.

—¿Estás seguro?

—Claro.

—Es un planeta azul...

—Lógico, porque los mares cubren aproximadamente siete de las ocho partes del planeta.

—¿Tanta agua hay...?

—Sí.

—Galtio es un mundo relativamente pequeño, ¿no?

—Efectivamente. Su diámetro ecuatorial no alcanza los 5.000 kilómetros. Pero es un planeta hermoso.

—No te fíes de las apariencias, Lars.

—¿Qué sucede, Viktor? ¿Vuelves a sentir preocupación por las cosas que se cuentan sobre Galtio...?

—Yo no he dicho que esté preocupado. Lo único que he dicho, es que no debemos confiarnos.

—Lo pasaremos bien en Galtio, ya verás. Tan bien como lo hemos pasado en las dos semanas que ha durado el viaje.

El semblante del ruso se tornó risueño.

—Han sido dos semanas maravillosas.

—Desde luego que sí —asintió Lars.

—Creo que me he enamorado de Dominique, ¿sabes?

—Y yo de Katarina —confesó Blinn.

—¿De veras, Lars...?

—Sí, siento por ella algo profundo, serio, distinto.

—Lo mismo me ocurre a mí con Dominique —suspiró Kolesnikov.

Mientras los dos amigos hablaban, la nave seguía aproximándose a Galtio. El hermoso planeta podía verse ya directamente a través del mirador de la cabina de mandos.

Lars redujo la velocidad de la nave, haciendo funcionar los cohetes de frenado, y dijo:

—Deberías avisar al señor Fleisher y a las chicas, Viktor. Dentro de unos minutos estaremos sobrevolando la superficie de Galtio.

—Sí, se alegrarán de saber que estamos llegando al misterioso planeta —respondió el rubio, poniéndose en pie.

Salió de la cabina de mandos y se dirigió a los camarotes.

Llamó al que ocupaba Zenon Fleisher.

El millonario abrió la puerta, envuelto en una bata.

—¿Qué hay, Viktor?

—Buenas noticias, señor Fleisher. Hemos llegado a Galtio.

Zenon dio un respingo de alegría.

—¿De veras?

—Sí, dentro de unos minutos estaremos sobrevolando la superficie del planeta.

—¡Magnífico!

—Sabía que se alegraría, señor Fleisher.

—¡Me visto en un santiamén y corro a la cabina de mandos!

—Avisaré a las chicas.

El millonario carraspeó.

—No te molestes en llamar al camarote de Tanija, Viktor. Está aquí,

conmigo.

—¿De veras? —se sorprendió el ruso, porque había echado una mirada a la litera de Zenon Fleisher, cuando éste abrió, y estaba vacía.

—Está en el baño, dándose una ducha —aclaró el millonario.

—Oh, entiendo. Avisaré a Katarina y Dominique, señor Fleisher.

—Muy bien —sonrió Zenon, y cerró la puerta. Viktor llamó al camarote de Katarina Sachse.

La alemana tardó sólo unos segundos en abrirle, cubriéndose con su corta bata brillante.

—Hola, Viktor.

—Estamos llegando a Galtio, Katarina.

—¿En serio? —se alegró la germana.

—Acude a la cabina de mandos y lo verás con tus propios ojos.

—¡En seguida!

—No vayas así, o Lars se pondrá nervioso y realizará un mal aterrizaje.

—Sólo enseño las piernas.

—Pero qué piernas... —el ruso largó un silbido de admiración.

Katarina rió.

—Agradezco el piropo, aunque sé que a ti te gustan más las de Dominique.

Viktor rió también y se despidió con un gesto.

Katarina cerró la puerta de su camarote.

Viktor entró en el camarote de Dominique, confiando en hallarla tumbada en la litera, sin nada, o con muy poco, encima. Se llevó un desilusión, porque la litera estaba vacía.

¿Estaría en el baño...?

Viktor sonrió y fue hacia allí, seguro de encontrar a la francesa, probablemente bajo la ducha, dejando res balar el agua por su maravilloso cuerpo desnudo.

Si era así, él se encargaría de secarla con la toalla.

Lo había hecho otras veces, y resultaba muy divertido.

Y muy excitante, también.

Viktor abrió la puerta del baño.

Al instante, un grito escapó de su garganta.

Después, ya no pudo decir nada.

Se habla quedado mudo.

Y paralizado.

¡Todavía no habían puesto los pies en Galtio, y ya había sucedido algo increíble!

Viktor Kolesnikov era incapaz de reaccionar.

Con unos ojos como platos, reflejando todo el estupor imaginable, seguía contemplando a Dominique Coster.

A la nueva Dominique Coster.

Sí, porque la francesa estaba muy cambiada.

De cintura para arriba, ¡o tenía todo como antes, pero de cintura para abajo…

Viktor lo veía, pero no podía creerlo.

Y es que era realmente increíble.

Dominique ya no tenía piernas.

¡Ahora tenía cola!

¡Una cola de pez, cubierta de escamas de todos los colores!

¡Se había convertido en una sirena!

¡En un ser de fábula!

Viktor hubiera querido preguntarle a Dominique cómo era posible aquello, pero no pudo, porque la francesa parecía inconsciente. Yacía tirada bajo la ducha, con los ojos cerrados y todo el cuerpo mojado, porque el agua seguía cayendo sobre ella.

La mitad superior de Dominique, la que no había experimentado

cambio alguno, permanecía inmóvil. La otra mitad, por el contrario, se agitaba rítmicamente, como gozosa de recibir el agua que caía de la ducha.

Y era normal.

A los peces les encanta el agua.

CAPITULO V

Ajenos por completo al increíble suceso que había tenido lugar en el camarote de Dominique Coster, Lars Blinn, Zenon Fleisher, Katarina Sachse y Tanija Berg contemplaban la azulada superficie del misterioso Galtio a través del mirador de la cabina de mandos.

La nave estaba sobrevolando ya el planeta, si bien a cierta altura.

Lars estaba esperando el regreso de Viktor Kolesnikov, para descender y posar la nave en alguna de las preciosas playas existentes en Galtio.

Había muchas, naturalmente.

Pero todas estaban solitarias.

Los mares de Galtio eran tranquilos y serenos, y sus olas bañaban suavemente la dorada arena de las playas.

—¿Por qué no desciendes, Lars? —sugirió Zenon

Fleisher—. Estoy deseando bañarme en una de esas hermosas playas.

—¡Y yo! —exclamó Tanija Berg.

—También yo —dijo Katarina Sachse, sonriendo. —En cuanto regrese Viktor posaré la nave en la playa que usted elija, señor Fleisher —respondió Blinn.

—Quizá esté haciendo el amor con Dominique —pensó el millonario.

Katarina y Tanija rieron.

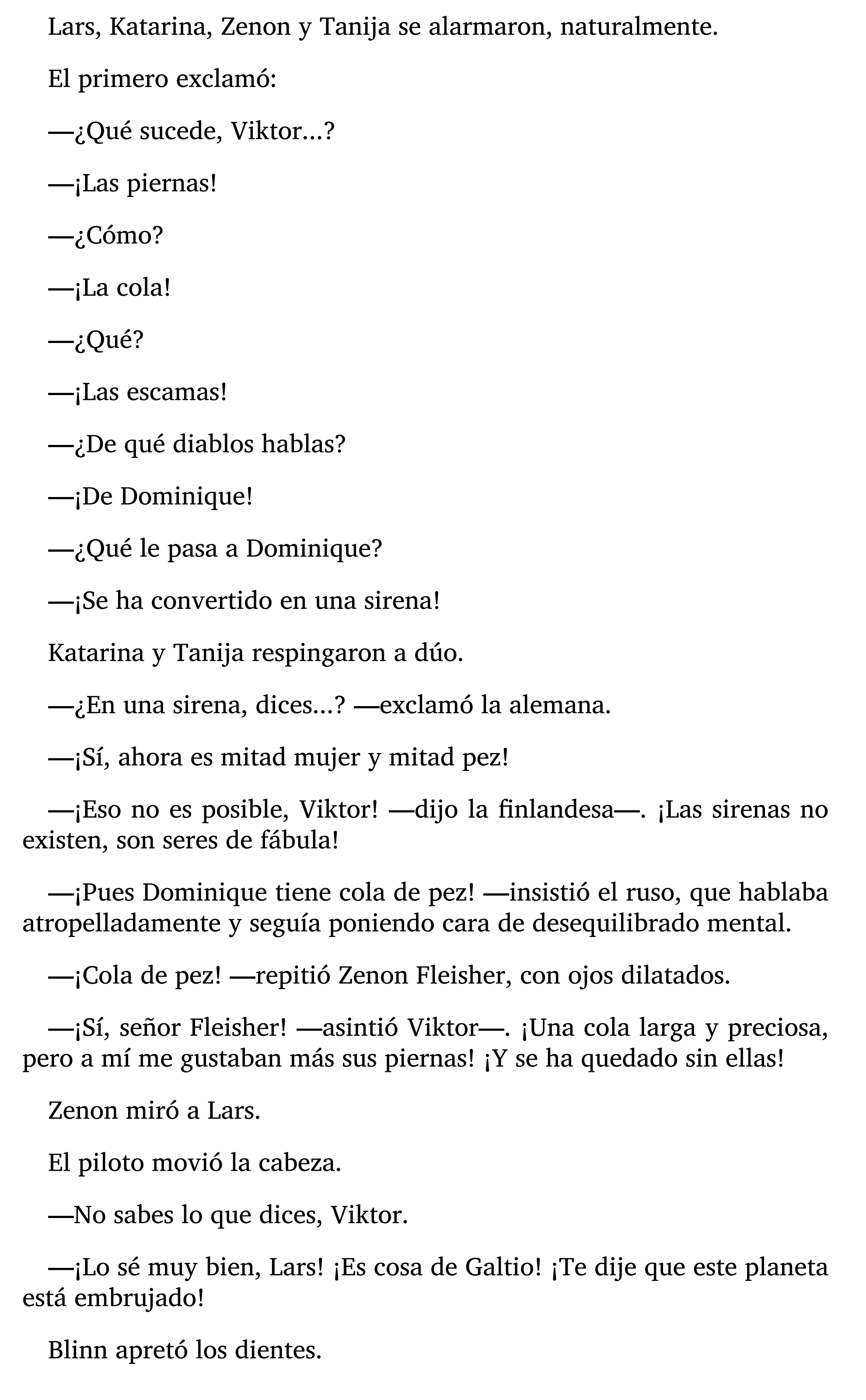
Lars se limitó a sonreír.

—No es el momento, y Viktor lo sabe —repuso.

—¿Por qué tarda tanto, entonces? —dijo Fleisher.

Lars iba a responder que no lo sabía, cuando el ruso irrumpió en la cabina de mandos.

—¡Dominique! —gritó, con cara de loco.



Lars, Katarina, Zenon y Tanija se alarmaron, naturalmente.

El primero exclamó:

—¿Qué sucede, Viktor...?

—¡Las piernas!

—¿Cómo?

—¡La cola!

—¿Qué?

—¡Las escamas!

—¿De qué diablos hablas?

—¡De Dominique!

—¿Qué le pasa a Dominique?

—¡Se ha convertido en una sirena!

Katarina y Tanija respingaron a dúo.

—¿En una sirena, dices...? —exclamó la alemana.

—¡Sí, ahora es mitad mujer y mitad pez!

—¡Eso no es posible, Viktor! —dijo la finlandesa—. ¡Las sirenas no existen, son seres de fábula!

—¡Pues Dominique tiene cola de pez! —insistió el ruso, que hablaba atropelladamente y seguía poniendo cara de desequilibrado mental.

—¡Cola de pez! —repitió Zenon Fleisher, con ojos dilatados.

—¡Sí, señor Fleisher! —asintió Viktor—. ¡Una cola larga y preciosa, pero a mí me gustaban más sus piernas! ¡Y se ha quedado sin ellas!

Zenon miró a Lars.

El piloto movió la cabeza.

—No sabes lo que dices, Viktor.

—¡Lo sé muy bien, Lars! ¡Es cosa de Galtio! ¡Te dije que este planeta está embrujado!

Blinn apretó los dientes.

—No me hables de brujería, Viktor, o tendré que sacudirte.

—¡Sí, sacúdeme! ¡Puede que esté soñando, y el castañazo me haga volver a la realidad!

—No digas idioteces. ¿Dónde está Dominique?

—¡En su camarote, remojándose la cola!

Lars sintió deseo de saltar de su sillón y estrellarle el puño en la mandíbula al ruso, pero se contuvo. No podía dejar la nave sin control. Tenía que posarla en el planeta, antes de abandonar la cabina de mandos y acudir al camarote de Dominique, para averiguar lo sucedido.

Y la posó.

En la playa más próxima.

Después, se levantó e indicó:

—Vamos al camarote de Dominique, señor Fleisher.

—Sí, Lars.

Salieron los dos de la cabina de mandos, seguidos de Viktor, Tanija y Katarina.

—¡Qué razón tenían los que decían que en Galtio suceden las cosas más extrañas! —exclamó el copiloto, que continuaba muy nervioso y asustado.

Katarina le soltó un codazo.

—Cállate, Viktor.

Pero el ruso no se calló.

—¡Yo quería tener hijos con Dominique, pero ahora no podré! ¡Si acaso, tendremos algún salmonete!

El gigante rubio recibió un segundo codazo, ahora propinado por Tanija.

—No es momento para chistes, Viktor.

—¡No es un chiste, aunque lo parezca!

Ya habían alcanzado el camarote de Dominique Coster.

La puerta estaba abierta, porque así la había dejado Viktor, al salir disparado de allí.

Lars Blinn y Zenon Fleisher penetraron en el camarote.

Observaron la vacía litera.

Viktor Kolesnikov estiró el brazo.

—¡Está en el baño, remojándose la...!

Lars se volvió rápidamente hacia él y le mostró el puño.

—¡No lo digas, Viktor!

El rubio asintió con la cabeza.

—Está bien, no lo diré. Pero conste que lo está haciendo. Con el agua de la ducha. Compruébalo tú mismo, Lars.

Blinn bajó el puño con furiosa expresión y fue hacia la puerta del baño, que estaba cerrada. Zenon Fleisher le siguió, deseoso también de averiguar la verdad.

Katarina y Tanija entraron en el camarote, pero Viktor se quedó en la puerta.

Y es que, en el fondo, el ruso dudaba de lo que había visto.

Temía haberlo imaginado todo, influenciado de una manera inconsciente por las cosas que había oído contar sobre Galtio.

En seguida lo sabría, pues Lars ya estaba abriendo la puerta del baño. Por la cara que puso su compañero, y por la que puso Zenon Fleisher, Viktor supo que no había imaginado nada.

Todo era real.

Increíble, pero auténtico.

Katarina y Tanija se asomaron también a la puerta del baño, y sus caras reflejaron el mismo estupor que las de Lars y Zenon.

—¡Por todos los santos del cielo! —exclamó la germana, haciendo un gallo con la voz.

—¡Era cierto! —galleó también la finlandesa.

Lars Blinn y Zenon Fleisher no dijeron nada.

La estupefacción les impedía hablar.

Con ojos asombrados, siguieron observando los cuatro a la nueva Dominique, que continuaba tirada bajo la ducha, inmóvil de cintura para arriba y con los ojos cerrados, pero moviendo alegremente la preciosa cola de pez que sustituía a sus piernas.

Viktor entró en el camarote y se acercó también a la puerta del baño, para contemplar a la nueva Dominique.

—Sigue remojándose la cola, ¿eh? —dijo, mucho más tranquilo que antes.

Lars parecía decidido a hablar, cuando, repentinamente, la nave empezó a agitarse violentamente, como sacudida por un terremoto, y todos cayeron al suelo.

CAPITULO VI

Katarina Sachse y Tanija Berg se pusieron a gritar, aterrorizadas.

—¿Qué está pasando, Lars? —exclamó Zenon Fleisher.

—¡No lo sé, señor Fleisher! ¡Pero lo averiguaremos! —respondió Blinn, luchando por ponerse en pie—. ¡Ven conmigo, Viktor!

—¡Esta es otra de las bromas de Galtio! —aulló el ruso—. ¡Nunca debimos venir!

—¡Deja de lamentarte y sígueme, condenación! —rugió Lars.

Viktor Kolesnikov se incorporó, a pesar de los violentos zarandeos de la nave, y fue detrás de Lars Blinn, que ya había salido del camarote.

El rubio abandonó también el camarote de Dominique Coster.

Lars y Viktor perdieron el equilibrio varias veces, antes de alcanzar la cabina de mandos, pero finalmente lo consiguieron.

Y, al entrar en ella, descubrieron la causa de los terribles zarandeos de la nave.

¡Había sido atrapada por un pulpo!

¡Un pulpo gigantesco!

¡Monstruoso!

¡Realmente alucinante!

—Cielo santo... —musitó Lars Blinn, estremecido.

—¡Es un pulpo, Lars! —chilló Viktor Kolesnikov, con ojos desencajados—. ¡Y qué pulpo, madre! ¡Juega con la nave como un gato con una madeja de lana!

—¡Tenemos que librarnos de él, Viktor!

—¡Sí, antes de que triture la nave con sus poderosos tentáculos!

—¡A nuestros puestos, rápido!

Lars y Viktor alcanzaron como pudieron sus respectivos sillones y se

sentaron en ellos, abrochándose velozmente los cinturones de seguridad, para no verse despedidos en alguno de los bruscos movimientos de la nave.

El colosal pulpo presionaba la estructura de la nave con sus enormes tentáculos, pero el sólido fuselaje resistía perfectamente, lo que contrariaba no poco a la horripilante bestia marina.

El pulpo debió captar la presencia de Lars y Viktor en la cabina de mandos, pues dirigió su cabezota hacia allí y la pegó prácticamente al mirador.

Lars y Viktor se echaron instintivamente hacia atrás.

—¡Fíjate qué ojos, Lars! —chilló el ruso—. ¡Son monstruosos...!

—¡Le obligaremos a cerrarlos! —repuso el norteamericano, aferrando decididamente uno de los mandos.

El gigantesco molusco cefalópodo golpeó el mirador con su cabezota, intentando romperlo para poder zamparse a los dos hombres.

Lars accionó la palanca que había aferrado y la nave soltó una descarga de electricidad.

El monstruoso pulpo tembló al recibir la descarga de energía eléctrica y lanzó un espantoso rugido, pero sus ocho tentáculos siguieron enroscados a la nave.

—¡Le hemos hechos pupa, Viktor! —exclamó Lars.

—¡Sí, pero seguimos atrapados! —repuso el rubio.

—¡No será por mucho tiempo! —vaticinó Lars, y accionó de nuevo la palanca.

El fuselaje de la nave soltó una segunda descarga eléctrica.

El enorme pulpo volvió a estremecerse, sacudido por la nueva descarga de energía. Con los ojos cerrados, lanzó un rugido aún más potente que el anterior.

Era mucho lo que estaba sufriendo, y empezó a pensar en soltar su presa y regresar al mar.

Una tercera descarga de electricidad acabó con sus dudas.

Sus poderosos tentáculos abandonaron la presa, y los violentos

zarandeos de la nave se terminaron.

Para dificultar su persecución, el aterrador pulpo segregó un chorro de líquido negruzco, con el que envolvió totalmente a la nave terrestre.

Viktor Kolesnikov no pudo reprimir un grito.

—¡El pulpo nos ha dado una ducha de tinta, Lars!

—¡Pretende cubrir su retirada, pero no lo conseguirá! ¡Acabaremos con él, Viktor! —aseguró Blinn, y accionó el mando que tenía asignada la limpieza del mirador.

En sólo unos segundos, el mirador quedó sin el más leve rastro de sustancia negruzca.

Lars y Viktor pudieron ver entonces que el gigantesco pulpo caminaba ya hacia el mar, dolorido y rabioso por el escarmiento recibido.

El piloto encendió rápidamente los reactores y la nave se elevó verticalmente.

—¡Duro con él, Viktor! —dijo, dirigiendo la proa de la nave hacia el mar.

El ruso disparó el cañón de rayos láser que tenia a su cargo.

Lars hizo funcionar el otro.

Ambos disparos alcanzaron de lleno al enorme pulpo, que bramó desgarradoramente.

Justo en ese momento, Zenon Fleisher, Katarina Sachse y Tanija Berg penetraban en la cabina de mandos. Al cesar los terribles zarandeos de la nave, habían podido ponerse en pie sin dificultad y correr hacia la cabina de mandos, para averiguar lo que sucedía.

Al descubrir al gigantesco pulpo, se quedaron los tres helados de espanto.

—¡Qué pulpo tan enorme! —exclamó el millonario.

—¡Es realmente terrorífico! —dijo la alemana.

—¡Escalofriante de verdad! —dijo la finlandesa.

Lars y Viktor siguieron disparando sobre el pulpo.

La espeluznante criatura marina estaba ya medio destrozada por los poderosos rayos láser.

Aun así, tuvo todavía fuerzas para arrastrarse por la playa y alcanzar el mar, en el que desapareció.

—¡Se escabulle, Lars! —exclamó Kolesnikov.

—Está herido de muerte, Viktor. Dentro de unos minutos, será cadáver —aseguró Blinn, y volvió a posar la nave en la playa, unos cien metros más allá de donde la posara la otra vez.

* * *

Lars Blinn había apagado ya los reactores.

Se desabrochó el cinturón de seguridad y se puso en pie, siendo imitado por Viktor Kolesnikov.

Katarina Sachse se abrazó al piloto, pálida todavía.

—Lars…

—El pulpo gigante no volverá, no temas —dijo Blinn, estrechándola cálidamente.

—No estaba pensando en el pulpo gigante, sino en Dominique.

Lars miró a su compañero.

—Creo que debo pedirte disculpas, Viktor.

—Olvídalo.

—Decías la verdad, y no quisimos creerte.

—Ni yo mismo creía lo que había visto, Lars. Es tan fantástico…

Zenon Fleisher intervino:

—¿Será cierto que este planeta está embrujado…?

—Seguro que no, señor Fleisher —rechazó Lars.

—¿Y cómo se explica lo que le ha sucedido a Dominique?

—Quizá ella nos lo pueda aclarar, cuando vuelva en sí. Será mejor que volvamos a su camarote.

—¿Y si sale otro pulpo gigante del mar…? —observó Tanija Berg.

—Le daremos un escarmiento, como al primero —respondió Lars—. Volvamos con Dominique.

Salieron los cinco de la cabina de mandos.

Al entrar en el camarote de Dominique Coster, se quedaron todos paralizados por la sorpresa.

La francesa estaba saliendo del baño, envuelta en una toalla.

¡Volvía a tener piernas!

¡Su brillante cola de pez había desaparecido!

¡Dominique volvía a ser una mujer normal!

¡Ya no era una sirena!

Dominique Coster se detuvo en la puerta del baño, como extrañada de ver a Lars, Viktor, Zenon, Katarina y Tanija en su camarote, formando una piña.

—¿Qué hacéis todos aquí…? ¿Por qué me miráis así…? —preguntó.

Ninguno respondió.

Dominique se dio cuenta de que los ojos de todos estaban clavados en sus piernas, que la toalla dejaba totalmente al descubierto. Ella se las miró a su vez, pero no encontró nada de particular.

—¿Queréis decirme qué diablos pasa?

Viktor Kolesnikov alargó lentamente el brazo y señaló los preciosos miembros inferiores de la francesa.

—Tienes piernas… —murmuró.

—Siempre he tenido piernas. Y me siento muy orgullosa de ellas.

—Hace unos minutos, tenías cola.

—¿Que tenía qué…?

—Una larga y hermosa cola de pez.

La francesa no pudo reprimir una carcajada.

—¡Déjate de bromas, Viktor!

—Díselo tú, Lars.

Blinn asintió levemente con la cabeza.

—Es cierto, Dominique. Te habías convertido en una sirena.

—¿Sirena...?

—Sí, eras medio mujer y medio pez.

—¡Qué bueno! —rió de nuevo la francesa.

Zenon Fleisher se dejó oír:

—No te rías, Dominique, porque Viktor y Lars están diciendo la verdad. Ignoramos cuándo, cómo y por qué, pero te habías convertido en una sirena.

Dominique Coster se puso seria.

—¿Es posible que estén hablando en serio, señor Fleisher...?

—Muy en serio —cabeceó el millonario.

—Pero, lo que dicen...

—Parece un cuento de fábula, ya lo sé. Sin embargo, sucedió realmente. Viktor vino a decirte que estábamos llegando a Galtio, y te encontró desvanecida en el baño, tirada bajo la ducha. Tus piernas habían desaparecido, y en su lugar tenías una larga cola de pez, cubierta de brillantes escamas de colores.

Katarina Sachse añadió:

—Cuando Viktor nos contó lo que te había sucedido, no quisimos creerle. Pero vinimos todos aquí, y comprobamos que era cierto. Entonces, nos atacó el pulpo gigante y...

La francesa respingó.

—¿Pulpo gigante?

—Esa es otra historia —terció Lars Blinn—. Lo que nos interesa es lo que te pasó a ti. ¿No recuerdas nada...?

Dominique Coster se llevó la mano a la sien.

—Sí, ahora que lo pienso, me sucedió algo extraño.

—¿Qué fue, Dominique? —preguntó Viktor Kolesnikov.

—Me estaba duchando, cuando, de repente, me vi tendida en el

suelo, con el agua de la ducha cayéndome encima. Pensé-que había resbalado y me había caído, pero la verdad es que yo no me di cuenta de que tal cosa sucediera. Me incorporé, acabé de ducharme, me envolví con la toalla, y salí del baño. Y os encontré a todos aquí, quietos como estatuas y mirándome como si fuera un bicho raro.

Lars Blinn dedujo:

—Evidentemente, sufriste un desvanecimiento. Y mientras te hallabas inconsciente, sufriste la increíble metamorfosis que te convirtió en mitad mujer y mitad pez. Y como seguías inconsciente cuando recobraste tu aspecto normal, no puedes recordar nada de lo que sucedió.

—Pero, ¿cómo es posible que yo…?

—Cosas de Galtio, Dominique —respondió Viktor—, En este misterioso planeta puede suceder todo. Por eso estimo que lo más sensato sería abandonarlo inmediatamente.

—¿Sin averiguar por qué Dominique se convirtió en una sirena? —repuso Lars.

—¿Y qué importa el motivo? Lo importante es que Dominique ha recuperado sus piernas. Y, antes de que las pierda de nuevo, o las perdamos alguno de nosotros, debemos largarnos de Galtio. No me gustaría convertirme en un hombre pez, ¿sabes?

—Que lo decida el señor Fleisher.

El millonario, tras casi un minuto de reflexión, dijo:

—Nos quedamos en Galtio.

CAPITULO VII

A Viktor Kolesnikov no le hizo ninguna gracia la decisión de Zenon Fleisher, pero la acató sin rechistar, porque el millonario era el jefe y Lars Blinn y él debían hacer lo que Fleisher ordenaba.

A Lars sí le complació que el millonario hubiera decidido continuar en Galtio. No le hubiera gustado regresar a la Tierra así, sin saber por qué ocurrían aquellas cosas tan extrañas y sorprendentes en Galtio.

Alguna explicación debían tener.

Y tratarían de hallarla.

—Será mejor que te vistas y acudas a la cabina de mandos, Dominique —indicó Lars.

—Sí, ahora mismo —respondió la francesa.

—Quédate con ella, Viktor.

—Por si se vuelve de nuevo sirena, ¿no? —rezongó el ruso.

—No quiero que Dominique se quede sola, eso es todo. Vamos, señor Fleisher.

Lars Blinn y el millonario salieron del camarote, seguidos de Katarina Sachse y Tanija Berg.

Viktor Kolesnikov cerró la puerta y apremió:

—Vístete con rapidez, Dominique.

—¿De verdad temes que pueda volverme de nuevo sirena, Viktor...? —preguntó la francesa, visiblemente asustada.

—Espero que no, pero cuanto antes nos reunamos con los demás, mejor.

—Está bien, me daré prisa.

Dominique Coster se despojó de la toalla y quedó completamente desnuda.

—Eras una sirena muy hermosa, pero a mí me gustas mucho más así, con piernas y con... —comentó el copiloto—. Bueno, con todo lo que debe tener una mujer.

Dominique sonrió.

—Sé a lo que te refieres, pícaro.

—Es normal que a un hombre le guste una mujer completa, ¿no?

—Sí, muy normal.

—¿Te gustaría a ti que yo me convirtiera en pez de cintura para abajo, Dominique?

—¡No!

Rieron los dos.

Dominique atrapó su prenda íntima y se la puso.

Mientras se enfundaba el traje, rogó:

—Explícame lo del pulpo gigante, Viktor.

—¡Uf!, era enorme. Atrapó la nave con sus gigantescos tentáculos y la zarandeó como si...

—¡Viktor! —chilló de pronto la francesa, desorbitando los ojos.

—¿Qué sucede?

—¡Tus manos!

—¿Qué les pasa a mis...?

—¡No tienen dedos, tienen tentáculos!

—¡Oh, cielos, no! —aulló el ruso, contemplando sus manos con horror.

Era cierto.

Ya no tenía dedos, ahora tenía tentáculos.

Unos tentáculos pequeños, pero perfectos, con sus dos filas de ventosas para adherirse a los objetos.

Viktor apartó las manos de su cara, pues parecía que sus dedos, ahora convertidos en tentáculos de pulpo, querían adherirse a ella.

¡Era algo alucinante!

¡Los pequeños tentáculos se movían como serpientes!

¡El ruso no podía dominarlos, se movían a su antojo, como si tuvieran vida propia!

Dominique Coster, con las facciones desencajadas, dilató aún más sus ojos y chilló:

—¡Los tentáculos se están desarrollando, Viktor! ¡Están ganando en longitud y en grosor!

El rubio no respondió.

También se había dado cuenta de que los horribles tentáculos estaban creciendo.

¡Y seguían buscando su cara!

¿O seria, tal vez, su cuello lo que buscaban...?

Viktor empezó a sospechar que sí, que el objetivo de los malditos tentáculos era su garganta.

¡Querían estrangularle!

Presa de un pánico cerval, el ruso chilló:

—¡Pide ayuda, Dominique! ¡Los tentáculos quieren matarme...!

* * *

En la cabina de mandos, Lars Blinn dijo:

—En cuanto vengan Viktor y Dominique, nos elevaremos y nos meteremos en el mar, señor Fleisher.

—¿En el mar...?

—Sí, la nave necesita un buen baño. El pulpo gigante la puso perdida con su ducha de tinta.

—Esa no es la verdadera razón, ¿verdad, Lars? —adivinó Zenon.

—No, no lo es.

—¿Por qué quieres meter la nave en el mar?

—Tengo la corazonada de que podemos encontrar algo interesante. Y, por supuesto, relacionado con lo que le ocurrió a Dominique.

—¿Y por qué precisamente en el mar, Lars...?

—Pues, sencillamente, porque las piernas de Dominique fueron sustituidas por una cola de pez. Y pez y mar guardan una relación clara y directa, ¿no es así?

—Desde luego.

Katarina Sachse intervino:

—¿Qué esperas encontrar en el fondo del mar, Lars?

—No lo sé. Pero estoy seguro de que... —Blinn se interrumpió al oír gritar a Dominique Coster.

—¡Lars...! ¡Señor Fleisher...!

—¡Es Dominique! —exclamó el millonario.

—¡Y parece aterrorizada! —añadió Tanija Berg.

—¡Seguro que ha sucedido algo! —adivinó Katarina Sachse.

—¡Corramos! —indicó Lars Blinn, y se disparó como una flecha.

Zenon-, Tanija y Katarina corrieron tras él.

Lars casi se da un encontronazo con Dominique, que también corría como loca. La cogió por los hombros y preguntó:—¿Qué ha pasado, Dominique?

—¡Viktor!

—No irás a decirme que se está convirtiendo en sirena, ¿verdad?

—¡En pulpo!

—¿Qué...?

—¡Sus dedos son tentáculos, y le están atacando! ¡Quieren enroscarse a su cuello! ¡Quieren estrangularle...!

Lars Blinn sintió un profundo escalofrío.

Apartó a Dominique y se lanzó hacia el camarote de la francesa, en ayuda de su compañero.

Zenon Fleisher, que había escuchado las aterradoras palabras de Dominique Coster, corrió también en auxilio de Viktor Kolesnikov.

Katarina y Tanija se quedaron momentáneamente con Dominique.

Y es que la francesa parecía a punto de desmayarse.

Le temblaban tanto las piernas, que Katarina y Tanija tuvieron que sostenerla, para evitar que se derrumbara.

Lars Blinn irrumpió en el camarote de Dominique.

—¡Viktor!

—¡Socorro, Lars! ¡Ayúdame...! —suplicó el ruso.

Había caído al suelo, y en él luchaba desesperadamente por impedir que los tentáculos se enroscaran a su cuello.

Unos tentáculos que seguían creciendo.

¡Ya tenían más de treinta centímetros cada uno!

¡Era realmente aterrador!

Lars Blinn, estremecido, se lanzó en ayuda de su amigo.

Le sujetó el brazo derecho, evitando que los cinco tentáculos de esa mano alcanzaran e! cuello del ruso.

Zenon Fleisher entraba en aquel momento en el camarote.

—¡Dios mío! —exclamó, horrorizado.

—¡Ayúdeme, señor Fleisher! —pidió Lars—, ¡Sujete el otro brazo de Viktor!

El millonario se apresuró a obedecer.

Los tentáculos, furiosos por no poder alcanzar su objetivo, se enroscaron a los brazos de Lars y Zenon, y comenzaron a apretar.

El piloto y el millonario se miraron, como preguntándose mutuamente qué podían hacer para librarse de los tentáculos.

¡No podían olvidar que formaban parte del cuerpo de Viktor!

¡Eran sus dedos!

¡Cualquier daño que les hicieran a los tentáculos, lo sufriría también él!

Viktor Kolesnikov se agitaba en el suelo, desesperado.

Y, esa misma desesperación, le hizo suplicar:

—¡Cortadme las manos, Lars! ¡Amputádmelas, antes de que sea demasiado tarde!

—¡No digas tonterías, Viktor!

—¡Es necesario, Lars!

—Tiene que haber otra solución!

—¡No la hay! ¡Los tentáculos siguen aumentando de tamaño, y cada vez son más poderosos! ¡Si no me cortáis las manos, acabarán con vosotros, conmigo, y con las chicas!

Katarina, Tanija y Dominique, que acababan de asomar en la puerta del camarote, sintieron que les flaqueaban las rodillas.

Lo que Viktor decía era espantoso.

No podían amputarle las manos.

Sin embargo, el ruso tenía razón al afirmar que era la única solución.

Los horribles tentáculos continuaban creciendo.

Ya tenían casi medio metro cada uno.

Y un grosor más que respetable.

De seguir desarrollándose a aquel ritmo, dentro de algunos minutos tendrían una fuerza temible.

CAPITULO VIII

Los tentáculos pugnaban por atrapar los cuellos de Lars Blinn y Zenon Fleisher, que se las veían y se las deseaban para esquivarlos.

Katarina Sachse, venciendo su terror, gritó:

—¡Tenemos que ayudarles!

Y sin aguardar la respuesta de Dominique Coster y Tanija Berg, la alemana penetró en el camarote y empezó a luchar bravamente con los peligrosos tentáculos.

Dominique y Tanija, contagiadas del valor de Katarina, intervinieron también en la lucha.

Entre los cinco, consiguieron sujetar los diez tentáculos.

Pero sólo por el momento.

El peligro seguía con lo que su poderío iba en aumento y cada vez resultaba más difícil mantenerlos alejados de sus respectivos cuellos.

También la desesperación de Viktor Kolesnikov iba en aumento.

Parecía al borde de la locura.

—¡Matadme!… ¡Acabad conmigo!… ¡Hacedlo o seré yo quien acabe con todos vosotros!

Lars, Zenon, Katarina, Dominique y Tanija se miraron, pero ninguno dijo nada.

Lo que Viktor decía era espantoso.

No podían amputarle las manos.

Sin embargo, el ruso tenía razón al afirmar que era la única solución.

Los horribles tentáculos continuaban creciendo.

Ya tenían casi medio metro cada uno.

Y un grosor más que respetable.

De seguir desarrollándose a aquel ritmo, dentro de algunos minutos

tendrían una fuerza temible.

La situación era terrible.

Realmente dramática.

Todos querían salvar la vida de Viktor, pero seguían sin hallar la manera.

Y el peligro se acentuaba por segundos.

Los tentáculos tenían ya demasiada fuerza, era imposible sujetarlos.

Uno de ellos logró escapar de las manos de Tanija Berg y se enroscó como un látigo al cuello de la finlandesa.

Tanija dio un grito y trató de arrancarse del cuello el temible tentáculo,- pero no le fue posible. Tenía más fuerza que ella, y apretaba su garganta como un torniquete, amenazando con estrangularla en sólo un par de minutos.

—¡Tanija! —chilló Zenon Fleisher, e intentó ayudarla.

No pudo, porque también su cuello se vio cercado por un tentáculo.

Casi al mismo tiempo, la garganta de Dominique sentía la brutal presión de las ventosas de otro tentáculo, que se había enroscado a su cuello como una culebra.

Tampoco Katarina pudo seguir sujetando los tentáculos, y uno de ellos se proyectó sobre su cuello y lo atenazó despiadadamente.

—¡Lars...! —chilló, luchando inútilmente por librarse del poderoso tentáculo.

—¡Katarina! —rugió Blinn, absolutamente desesperado.

De pronto, un tentáculo le aprisionó el cuello y comenzó a apretar.

Lars comprendió que estaban perdidos.

Todos iban a morir estrangulados.

Era imposible defenderse de aquellos diez poderosos tentáculos, que estaban a punto de alcanzar el metro de longitud y un grosor que ponía los pelos de punta.

Viktor Kolesnikov, muy a su pesar, se había convertido en un temible pulpo.

Y ese pulpo iba a acabar con todos.

Incluido el propio Viktor.

* * *

Cuando ya parecían todos irremisiblemente perdidos, porque no había forma humana de librarse de los férreos tentáculos y sus rostros estaban ya amoratados, por no poder llevar aire a sus pulmones, ocurrió algo increíble.

Alguien acababa de surgir del baño.

Era una mujer.

Joven.

Hermosa.

Con un cuerpo sensacional.

Lucía una brevísima túnica dorada, muy brillante, y totalmente abierta por los lados, aunque unos delgados cordones, igualmente dorados, se encargaban de sujetar la atrevida prenda.

La chica iba descalza y adornaba su rubia cabeza con una hermosa corona de oro, con valiosas piedras preciosas engastadas en ella.

Parecía una reina.

Una diosa mitológica.

Y tal vez lo fuese, pues llevaba en sus manos una especie de cetro, igualmente de oro y con numerosos diamantes engastados en él.¿Sería ella la causante de todo cuanto estaba sucediendo...?

En seguida se vio que no.

La hermosa mujer había venido a salvar a los expedicionarios terrestres de una muerte segura.

Apuntó con su precioso cetro a uno de los tentáculos.

De la cabeza del cetro brotó un rayo purpúreo, que fue a chocar contra el tentáculo que estaba estrangulan do a Tanija Berg.

El tentáculo tembló, como sacudido por una descarga eléctrica, y perdió toda su fuerza. Soltó rápidamente el cuello de la finlandesa, y ésta pudo llenar sus pulmones de aire.

El tentáculo alcanzado por el rayo purpúreo, además de perder toda su potencia, perdió también longitud y grosor con mucha rapidez.

La reina, la diosa, o lo que fuera, hizo brotar un segundo rayo purpúreo de la cabeza de su cetro, que alcanzó certeramente al tentáculo que pretendía poner fin a la vida de Dominique Coster.

La reacción del tentáculo fue idéntica a la del anterior.

Tembló, perdió todo su vigor, se desenroscó del cuello de la francesa, y empezó a encogerse rápidamente.

Dominique pudo respirar a pleno pulmón.

El resto de los tentáculos se vieron alcanzados también por los sucesivos rayos purpúreos que surgieron del hermoso cetro que manejaba la bella mujer, y que salvaron a Lars, Zenon y Katarina de morir estrangulados.

También salvaron a Viktor Kolesnikov, cuyas manos recobraron la normalidad.

Ya no tenían tentáculos, ni pequeños ni grandes. Volvían a tener dedos.

La horrible pesadilla había concluido.

Los expedicionarios terrestres, gracias a la hermosa y misteriosa mujer rubia, estaban a salvo.

* * *

Lars Blinn, con su función respiratoria prácticamente normalizada ya, se puso lentamente en pie y preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Mi nombre es Astrid, y soy la reina de los mares de Galtio —respondió la bella salvadora de los terrestres, con claro acento extranjero, aunque se le entendía perfectamente.

—La reina de los mares de Galtio... —repitió quedamente Lars, impresionado.

—Sí —sonrió suavemente ella.

—¿Cómo pudiste penetrar en nuestra nave, hermosa Astrid?

—Tengo poderes.

—¿Eres acaso una diosa...?

—Sí.

—Asombroso.

—¿Qué buscáis en Galtio, terrestres? —preguntó la diosa de las profundidades.

—Nada, reina Astrid —respondió inmediatamente Lars.

—¿Por qué habías venido, entonces?

—El señor Fleisher deseaba conocer este planeta. Es el dueño de la nave —explicó Lars, señalando al millonario.

Zenon Fleisher se puso en pie e inclinó respetuosamente la cabeza.

—Celebro conocerte, reina Astrid. Y te doy las gracias por habernos salvado la vida a todos.

Viktor Kolesnikov, sentado todavía en el suelo, como Katarina Sachse, Dominique Coster y Tanija Berg, dijo:

—Yo también te doy las gracias, reina Astrid. Aunque sospecho que lo de convertir mis dedos en tentáculos de pulpo, fue cosa tuya. Como también lo de convertir en sirena a Dominique. Querías asustarnos para que abandonemos Galtio cuanto antes, ¿verdad?

—Te equivocas, terrestre.

—¿No fue cosa tuya, reina Astrid? —preguntó Lars.

—No, fue Nago quien provocó esos hechos.

—¿Nago?... —repitió Lars.

—Sí.

—¿Quién es Nago, reina Astrid? —preguntó Zenon Fleisher.

—Mi mayor enemigo. Nago pretende ser el rey de los mares de Galtio, y hace tiempo que me declaró la guerra. Es un ser perverso, ruin y cruel.

—También tiene poderes, ¿eh? —adivinó Lars.

—Así es —asintió Astrid.

—¿Más que tú?

—Afortunadamente, no.

—¿Por qué no acabas con él, entonces? —sugirió Viktor.

—No es fácil, terrestres. Nago es un ser hábil, astuto. y escurridizo. Raramente da la cara, a menos que esté absolutamente seguro de que no corre ningún peligro. Sabe que mis poderes son ligeramente superiores a los suyos, y teme enfrentarse a mí directamente. Prefiere la emboscada, el ataque por sorpresa, la trampa. Es un ser cobarde y traicionero, y ello me obliga a permanecer siempre alerta, para no verme sorprendida por alguna de sus acciones.

—Si tuviera su pescuezo entre mis manos… —mascullό el ruso, apretando un cuello imaginario—. Ese Nago me ha hecho pasar el peor rato de toda mi vida, y no se lo perdonaré jamás.

—Yo tampoco, Viktor —dijo Lars.

—Ni yo —habló Zenon.

La reina Astrid sonrió y sugirió:

—¿Os gustaría visitar mi palacio, terrestres?

CAPITULO IX

A Lars Blinn le pareció una gran idea, pero como era Zenon Fleisher quien mandaba, se volvió hacia el millonario y preguntó:

—¿Qué dice usted, señor Fleisher…?

—Creo que me encantada —respondió Zenon, sonriendo.

—¡Señor Fleisher! —exclamó Viktor Kolesnikov, respingando nerviosamente.

Zenon lo miró.

—¿Sí, Viktor…?

—Con todos los respectos, señor Fleisher, creo que debemos rechazar la amable invitación de la reina Astrid.

—¿Por qué?

—¿Es qué ha olvidado ya lo que ha pasado…? ¡Estuvimos a punto de morir todos, estrangulados por los horribles tentáculos!

—Fue cosa del cruel Nago, ya lo oíste.

—Sí, pero…

Lars Blinn terció:

—Los poderes de la reina Astrid son superiores a los del perverso Nago, Viktor.

—Sólo ligeramente superiores, Lars —puntualizó el rubio.

—La reina Astrid nos protegerá de Nago, estoy seguro.

—Desde luego que si —sonrió la diosa de las profundidades—. Mientras permanezcáis a mi lado, Nago no podrá causaros ningún daño. Si lo intenta, yo lo evitaré.

—¿Lo estás oyendo, Viktor? —dijo Zenon.

El ruso insistió:

—No dudo de que la reina Astrid nos protegerá, pero sigo pensando que lo más sensato es regresar a la Tierra, señor Fleisher. Ahora ya

sabemos por qué pasan en Galtio las cosas que pasan, y que para nadie tienen explicación. Para nosotros, ya la tienen. Y, averiguarlo, casi nos cuesta la vida a todos.

—La reina Astrid nos salvó, Viktor. Estamos en deuda con ella, y aunque sólo fuera por mostrarle nuestro agradecimiento, debemos aceptar su invitación —repuso Zenon.

—El señor Fleisher tiene razón, Viktor —opinó Lars—. Seríamos unos desagradecidos si rechazáramos la invitación de la reina Astrid. Nos brinda la oportunidad de conocer su palacio, que debe ser algo fantástico. No podemos ni debemos desaprovecharla.

—Yo opino lo mismo —dijo Katarina.

—Y yo —manifestó Tanija.

Dominique, en cambio, no se decidía a dar su opinión.

Era lógico.

Ella y Viktor habían sido el blanco del malvado Nago, hasta el momento, y temían que éste volviera a tomarlos como víctimas directas de sus maléficos poderes.

Zenon Fleisher captó el titubeo de la francesa y preguntó:

—¿No sientes curiosidad por saber cómo es el palacio de la reina Astrid, Dominique...?

—Sí, pero...

—Confía en la reina Astrid, Dominique. Ella no permitirá que Nago nos haga sufrir de nuevo a todos. Es una diosa, no lo olvides. Tiene grandes poderes.

La francesa miró a los ojos a la reina de los mares de Galtio.

Unos ojos serenos.

Nobles.

Inspiraban confianza y seguridad.

Astrid le sonrió y dijo:

—Sois mis amigos, Dominique. Nada malo os sucederá, mientras contéis con mi protección.

Dominique le devolvió la sonrisa.

—Visitaré con gusto tu palacio, reina Astrid.

—No te arrepentirás.

Zenon Fleisher carraspeó ligeramente.

—Sólo nos falta tu conformidad, Viktor.

—La tiene, señor Fleisher —rezongó el ruso—. Pero como yo me vuelva pulpo de nuevo, o Dominique sirena...

La reina Astrid se dejó oír:

—No puedo garantizar que eso no sucederá, pero sí que deseo el poder necesario para devolveros inmediatamente a la normalidad. De hecho, ya lo hice.

—¿Devolviste tú a la normalidad a Dominique, reina Astrid? —preguntó Lars.

—Sí, desde mi palacio.

—Ya me extrañaba a mí que lo hubiera hecho Nago.

—También me preocupé de borrar de su mente lo sucedido, para que no se sintiera aterrorizada al despertar. A causa de su terror, precisamente, se desvaneció. Vio que sus piernas se transformaban en una cola de pez, cuando se hallaba bajo la ducha, y la terrible impresión provocó su desmayo.

—¡Por eso no recordabas nada, Dominique! —exclamó Zenon.

La francesa sonrió con suavidad.

—Gracias de nuevo, reina Astrid.

—¿Y lo del pulpo gigante...? —preguntó Viktor—. ¿Tuvo Nago algo que ver en eso, reina Astrid?

—Naturalmente. Fue él quien lo envió. Pero el pulpo fracasó y encontró la muerte, de lo cual me alegré infinitamente.

—¡Demonios con el tal Nago! —barbotó el ruso, con gesto furioso—. ¡Si no tuviera poderes, ya le diría yo a ése!

El gesto de Viktor Kolesnikov resultó tan cómico, que Lars, Zenon, Katarina, Tanija y Dominique se echaron a reír, contagiando a la diosa de las profundidades.

* * *

Habían abandonado todos el camarote de Dominique Coster, trasladándose a la cabina de mandos.

Lars Blinn y Viktor Kolesnikov ocuparon sus respectivos sillones.

El piloto encendió los reactores e hizo que la nave se elevara, aunque no demasiado.

—Guíanos hasta tu palacio, reina Astrid.

—Con mucho gusto. Dirige la nave hacia el mar y sumérgela en él, Lars —indicó la diosa de los mares de Galtio.

—Entendido.

Zenon Fleisher preguntó:

—¿Tu palacio se halla bajo el agua, reina Astrid...?

—Claro.

—Entonces, tendremos que recurrir a los equipos de buceo para poder...

—No será necesario, Zenon.

—¿No?

—Fiaré uso de mis poderes, y tendréis branquias, además de pulmones. Exactamente igual que yo. Podréis respirar bajo el agua con la misma facilidad que lo hacéis fuera de ella.

—¡Fantástico! —exclamó Lars.

—Y no sólo eso —añadió Astrid—. También podréis desenvolveros bajo el agua con la agilidad y la rapidez de un delfín. Os encontraréis ligeros como plumas, ¡o haréis todo sin esfuerzo. Como los peces.

—¡Maravilloso! —exclamó Zenon Fleisher, tan entusiasmado como Lars Blinn.

También Katarina Sachse, Tanija Berg y Dominique Coster se hallaban entusiasmadas. Aunque, ésta última, un poco menos.

A Viktor Kolesnikov le sucedía lo mismo que a la francesa.

Le parecía fabuloso eso de poder respirar bajo el agua y moverse

como los peces, pero algo en su interior le decía que aquella aventura iba a resultar muy peligrosa para ellos, y su preocupación seguía latente.

Lamentablemente, los hechos le iban a dar la razón.

CAPITULO X

La nave terrestre surcaba las profundidades marinas, en la dirección que la reina Astrid indicaba a Lars Blinn.

El panorama no podía ser más hermoso y exótico, y los expedicionarios terrestres no apartaban los ojos del mirador de la cabina de mandos, para no perderse detalle.

Los bancos de coral, las algas marinas, los peces, de todos los tamaños, formas y colores...

Era realmente maravilloso.

Pero, más maravilloso aún, era el palacio de la reina Astrid, que poco después aparecía ante los asombrados ojos de los expedicionarios terrestres.

La fantástica construcción submarina se hallaba asentada en el mismo fondo del mar, custodiada por varios hombres-pez armados con tridentes (1[1]).

Todos ellos poseían un torso amplio y musculoso, unos hombros poderosos, unos brazos largos y vigorosos, un cuello robusto... Sus cabellos, muy crecidos, flotaban suavemente en el agua, acentuando su aspecto de seres mitológicos, más que reales.

—¿Quiénes son ésos...? —exclamó Viktor Kolesnikov, con unos ojos como platos.

—Algunos de mis guerreros —respondió la diosa de las profundidades—. Tienen a su cargo la vigilancia de mi palacio.

— ¡No tienen piernas! —observó Tanija Berg—, ¡Tienen cola de pez!

—Efectivamente —sonrió la bella Astrid.

—¡Como las sirenas! —exclamó Katarina Sachse. —¡Como son hombres, habrá que llamarlos sirenos! —se le ocurrió decir a Dominique Coster.

Las palabras de la francesa provocaron la risa general.

—Suena mejor hombres-pez, Dominique —opinó Lars Blinn.

—Desde luego —estuvo de acuerdo Zenon Fleisher.

—Bueno, hombres-pez o sirenos, el caso es que no están nada mal —repuso la francesa.

—Pero que nada mal —dijo Katarina.

—Yo los encuentro guapísimos —confesó Tanija.

—Una reina tan hermosa como Astrid, no podía tener unos guerreros feos —comentó Fleisher, mirando un instante a la diosa de los mares de Galtio.

Ella agradeció el piropo del millonario con una dulce sonrisa.

—Gracias, Zenon.

—¿Hay también mujeres-pez en tu palacio, reina Astrid? —preguntó Lars.

—Por supuesto.

—¡Magnífico!

Katarina le dio un simpático cachete.

—No te hagas ilusiones, Lars. No podrás hacer nada con ellas, porque carecen de algo más que de piernas.

—Bueno, me consuela saber que tampoco tú podrás hacer nada con los hombres-pez, por la misma razón.

Volvieron a reír todos.

Después, Zenon Fleisher preguntó:

—¿Cómo es que tú sí tienes piernas, reina Astrid?

—Gracias a mi poder, puedo adoptar ambas formas —respondió ella.

—¿Quieres decir que...?

La diosa de las profundidades apuntó sus maravillosas piernas con su cetro y éste despidió un rayo purpúreo.

Al instante, los esculturales miembros inferiores de la reina Astrid se transformaron en una larga y hermosa cola de pez, cubierta de escamas de vivos colores.

La diosa de los mares se sostuvo con su cola con la misma facilidad que hasta entonces se había sostenido con sus piernas.

—¿Lo ves, Zenon? —dijo, sonriendo.

El millonario se había quedado atónito, lo mismo que Lars, Katarina, Viktor, Dominique y Tanija.

—¡Es fantástico! —exclamó Fleisher.

—¿Cómo os gusto más, con cola de pez o con piernas? —preguntó Astrid.

—¡Con piernas, con piernas! —respondió Viktor, sin dudar.

Dominique le soltó un pescozón.

—¡Sé lo que estás pensando, bribón!

Lars, Katarina, Zenon y Tanija se echaron a reír.

La reina Astrid rió también e hizo brotar un nuevo rayo purpúreo de la cabeza de su cetro, recuperando su forma anterior.

—Ya vuelvo a tener piernas —dijo.

—Y qué piernas... —murmuró Fleisher.

Tanija le clavó el codo en el costado.

—Quedamos en que se conformaría con las mías, señor Fleisher —rezongó.

Hubo nuevas risas.

Entretanto. Lars había posado la nave en el fondo del mar, frente al fabuloso palacio de la diosa Astrid.

Esta dijo:

—Bien, llegó el momento de dotaros de branquias, para que podáis salir de la nave y desenvolveros en el agua como si fuerais criaturas marinas. ¿Quién quiere ser el primero...?

—¡Yo! —respondió Lars, brincando de su sillón.

Astrid le apuntó al pecho con su cetro y le envió un rayo purpúreo.

El norteamericano sintió algo extraño en el interior de su caja torácica, lo que le obligó a contraerse.

—¿Sientes algún dolor, Lars...? —preguntó Katarina.

—No, ninguno —murmuró el piloto, tocándose el pecho.

—Ya puedes respirar como los peces, Lars —aseguró la reina de las profundidades.

—Estoy deseando comprobarlo.

—¡Ahora yo, Astrid! —pidió Zenon Fleisher.

La diosa repitió la operación.

Como el millonario tampoco sufrió daño alguno, Viktor, Dominique, Katarina y Tanija se sometieron también al increíble y rápido proceso.

—Bien, podemos abandonar la nave —dijo la diosa.

—Antes, cogeremos armas —repuso Lars.

—¿Armas?

—Por si somos atacados, reina Astrid —explicó el piloto.

La diosa de las profundidades, tras unos segundos de vacilación, autorizó:

—Está bien, podéis coger vuestras armas.

* * *

Los expedicionarios terrestres portaban ahora sendas pistolas de rayos láser en sus respectivos cintos. Aparte, Lars Blinn, Viktor Kolesnikov y Zenon Fleisher llevaban subfusiles de rayos ultrasónicos.

De esta manera, si el perverso Nago enviaba a alguien contra ellos, como ya hiciera con el pulpo gigante, no sólo tendría que enfrentarse con la reina Astrid y sus guerreros, sino también con las poderosas armas terrestres.

Para abandonar la nave, utilizaron la cabina estanca, que se llenó de agua en sólo un par de minutos. Fueron unos instantes realmente emocionantes, pues, a pesar de todas las garantías ofrecidas por la reina Astrid, quien más y quien menos sentía un cierto temor por saber lo que ocurriría cuando el nivel del agua de la cabina quedara por encima de sus cabezas.

¿Sería cierto que podrían respirar como los peces...?

¿Habrían fallado los poderes de la diosa Astrid, y tendrían serias dificultades para desenvolverse bajo el agua…?

Era lógico que los expedicionarios terrestres se hicieran estas preguntas, pues estaban viviendo una aventura de lo más insólita, cuyas consecuencias resultaban imprevisibles, a pesar de las seguridades dadas por la reina de los mares de Galtio.

Por fortuna, sucedió lo que la diosa Astrid había garantizado.

Los terrestres podían respirar perfectamente bajo el agua.

El nivel de la misma ya había rebasado sus cabezas, pero ellos no padecían la menor sensación de asfixia por la falta de aire.

Astrid sonrió bajo el agua y preguntó:

—¿Os sentís cómodos, terrestres?

—¡Mucho! —respondió Lars, asombrándose de poder hablar bajo el agua con la misma facilidad que fuera de ella.

—¡Esto es maravilloso! —exclamó Zenon.

—Me pregunto si no estaré soñando… —murmuró Viktor, que no lo podía creer.

—¡Estás tan despierto como yo, Viktor! —respondió Dominique, abrazada a él.

—¡Cuando regresemos a la Tierra y lo contemos, no nos van a creer, muchachos! —dijo Katarina.

— ¡Seguro que nos toman por locos! —añadió Tanija.

Astrid sonrió de nuevo e indicó:

—Será mejor que abráis la compuerta. La cabina ya está totalmente llena de agua.

Lars se encargó de abrir la compuerta.

Astrid fue la primera en salir de la cabina estanca, moviéndose en el agua con la facilidad y elegancia de un delfín.

—¡Vamos, afuera! —apremió, sonriendo.

Lars, Zenon, Viktor, Katarina, Dominique y Tanija abandonaron también la cabina, maravillados de poder desenvolverse bajo el agua con aquella ligereza.

Podían saltar, revolverse, dispararse en cualquier dirección.

¡Exactamente igual que los peces!

Los cabellos de Katarina, Dominique y Tanija flotaban en el agua, como los de Astrid, y aún parecían más hermosas.

La diosa de las profundidades permitió que los expedicionarios terrestres jugaran durante algunos minutos bajo el agua, gozando como niños.

Su júbilo estaba plenamente justificado.

Pero la alegría de los terrestres iba a durar muy poco, pues un serio peligro se cernía ya sobre ellos.

CAPITULO XI

Era cosa del cruel Nago, naturalmente.

Había seguido los movimientos de los expedicionarios terrestres, contrariado por la intervención de la reina Astrid, su poderosa enemiga.

Y aún le contrarió más que Astrid los invitara a visitar su palacio submarino, como prueba de amistad.

Nago no había querido intentar nada mientras los terrestres permaneciesen en su nave, consciente de que Astrid hubiera contrarrestado inmediatamente sus poderes, inferiores a los suyos, y le habría hecho fracasar de nuevo.

Ahora, seria distinto.

Fuera de su nave, los terrestres eran más vulnerables, pues no sólo podía hacer uso de sus poderes contra ellos, sino enviarles a algunas de las criaturas marinas que le eran fieles, como sucediera con el pulpo gigante.

El pulpo fracasó, pero Nago confiaba en que el numeroso grupo de peces espada que él había enviado al palacio de Astrid, con la misión de atacar a los terrestres antes de que penetraran en él, tuvieran más éxito.

Los peces espada surgieron de pronto, veloces como centellas.

No eran unos peces espada normales.

Su tamaño era muy superior a lo que podía considerarse corriente en aquella clase de peces.

Y también su fiereza.

La llevaban plasmada en sus ojos, que tenían una mirada sanguinaria y asesina.

Eran alrededor de veinte.

Veinte espadas largas y afiladas, que más parecían lanzas, dispuestas a ensartar a los expedicionarios terrestres. Y a la reina Astrid, si tenían ocasión, aunque sabían que esto último seria mucho más difícil.

Los primeros en descubrir ¡a aparición de los gigantescos peces espada, fueron los guardianes del palacio de Astrid, quienes se lanzaron velozmente a su encuentro, dando gritos de alarma, para que su reina y los terrestres advirtieran el peligro que corrían.

La diosa de las profundidades vio al numeroso grupo de peces espada y gritó:

—¡Cuidado, terrestres! ¡Esos peces espada son esbirros de Nago! ¡Los ha enviado para destruirnos!

Viktor Kolesnikov maldijo bajo el agua.

—¡Sabía que algo así sucedería!

—¡Dispara, Viktor! —rugió Lars Blinn—. ¡Y usted, señor Fleisher! ¡Y vosotras también, chicas! ¡Tenemos que ayudar a Astrid y sus guerreros a acabar con los peces espada!

—¡Son enormes, Lars! —chilló Katarina Sachse.

—¡Y corren que se las pelan! —añadió Dominique

Coster.

— ¡Disparad, disparad, disparad! —gritó Tanija Berg, aterrorizada.

Los expedicionarios terrestres abrieron fuego contra los temibles peces espada. Lars, Viktor y Zenon, lo hicieron con sus subfusiles de rayos ultrasónicos, mientras que Katarina, Dominique y Tanija utilizaron sus pistolas de rayos láser.

La reina Astrid ya estaba manejando su poderoso cetro, que enviaba continuos rayos purpúreos sobre los peces espada.

Cuando uno de ellos alcanzaba a un pez espada, éste se quedaba instantáneamente convertido en esqueleto. Hasta el último gramo de carne y vísceras desaparecía de su cuerpo.

No se podía morir más de prisa, desde luego.

Los rayos ultrasónicos y láser también causaron estragos entre los esbirros de Nago, eliminando a un buen número de ellos.

Los hombres pez, por su parte, atacaban a los peces espada con sus tridentes, demostrando un gran valor, pues para poder incrustar sus armas en los cuerpos de los peces espada, antes tenían que burlar la peligrosa acometida de éstos.

Afortunadamente, los hombres-pez se movían con una agilidad pasmosa, esquivando las gigantescas espadas de los peces.

Uno de los guerreros, sin embargo, tuvo la desgracia de verse sorprendido por la espalda, justo en el instante en que, tras haber burlado el ataque de un pez espada, clavaba su tridente en el cuerpo de la monstruosa criatura marina, haciendo brotar tres gruesos chorros de sangre.

El tremendo rugido de dolor que lanzó el pez espada herido, ahogó prácticamente el alarido de muerte que emitió el infortunado guardián, al verse atravesado por la afilada espada del pez que le había atacado por la espada.

El temible estoque del pez salió más de medio metro por el pecho del guerrero, cuya sangre se confundió con la del pez espada que todavía llevaba el tridente clavado en su lomo.

Katarina, Dominique y Tanija no pudieron reprimir sendos gritos de horror, ante tan terrible escena. Lars, Viktor y Zenon, horrorizados también, quedaron por un instante paralizados.

La reina Astrid apretó los dientes y envió un rayo purpúreo sobre el pez espada que acababa de causar la muerte a uno de los guardianes de su palacio.

El pez asesino se convirtió fulminantemente en un esqueleto.

Un esqueleto que quedó flotando en el agua, pero con el cuerpo sin vida de! hombre-pez clavado en su espada, lo que acentuó si cabe el horror de la escena.

Como aún quedaban algunos peces espada con vida, luchando ferozmente contra los guerreros de Astrid, Lars Blinn rugió:

—¡Seguid disparando! ¡Acabemos con esas bestias sanguinarias!

Y predicó con el ejemplo, disparando de nuevo su subfusil de rayos ultrasónicos.

El disparo, muy certero, destrozó los órganos internos del pez espada que Lars había tomado como blanco.

El esbirro de Nago se quedó muy quieto, circunstancia que aprovechó uno de los guerreros de Astrid para incrustarle su tridente en todo el lomo.

En realidad, no era necesario.

El pez espada ya estaba muerto.

Pero el bravo guardián no lo sabía, claro.

Por fortuna, la lucha concluyó sin que hubiera que lamentar más muertes, si bien un hombre-pez resultó herido en el costado, al verse alcanzado de refilón por la feroz espada de uno de los esbirros de Nago.

Este, que había seguido el combate desde su cubil, sufrió un ataque de rabia al ver que todos los peces espada habían sido exterminados, habiendo causado sólo un muerto y un herido leve entre las filas enemigas.

Los expedicionarios terrestres habían salido ilesos de la lucha.

También la reina Astrid.

El ataque de los gigantescos peces espada había sido un fracaso.

Otro más.

De ahí la rabia de Nago.

Pero no pensaba dejar en paz a los terrestres.

Ideada un nuevo plan para acabar con ellos.

Y también con Astrid, si ello era posible.

* * *

El cadáver del guardián había sido arrancado de la espada del pez que la reina Astrid convirtiera en esqueleto con su poderoso cetro. Dos hombres-pez se habían encargado de ello, y ahora transportaban el cuerpo sin vida de su compañero hacia la entrada del palacio de Astrid.

Otro guerrero se ocupaba de ayudar al guardián que tenía una herida en el costado. No era profunda, pero sangraba, debilitando al hombre-pez.

Astrid, seria, indicó:

—Entremos en mi palacio, terrestres. No me extra-fiaría que Nago intentara de nuevo acabar con todos nosotros.

—Lamentamos profundamente la muerte de tu guerrero, reina Astrid —dijo Lars Blinn.

—Sí, lo sentimos de verdad —habló Zenon Fleisher, visiblemente apenado.

—Todos lo sentimos —añadió Viktor Kolesnikov.

La diosa de las profundidades forzó una sonrisa.

—Gracias, amigos. Desgraciadamente, a menudo tenemos que lamentar hechos como éste. Nago es un malvado, ya os lo dije. Sus ataques se suceden, casi siempre por sorpresa. Y raramente da la cara, eso también os lo dije. Me tiene miedo, no quiere luchar conmigo directamente. Es un cobarde.

—Si podemos ayudarte de alguna manera a acabar con él, lo haremos con mucho gusto, Astrid —dijo Blinn.

—Sí, cuenta con nosotros, Astrid —habló Fleisher.

—Estamos a tus órdenes, Astrid —agregó Kolesnikov—. Nago no merece vivir, debemos poner fin a su miserable vida.

La diosa de las profundidades ensanchó su sonrisa.

—Sois muy valientes, terrestres, y agradezco muy sinceramente vuestro ofrecimiento. Sin embargo, no puedo aceptar vuestra ayuda. Tengo que ser yo quien acabe con Nago. Y sé que al fin lo lograré. El final de ese canalla está cerca, lo presiento.

—Nos quedaremos contigo hasta que lo consigas, Astrid —decidió el millonario—. Es decir, si no te molesta tenernos como invitados en tu palacio el tiempo que tardes en dar su merecido al malvado Nago, naturalmente.

—¿Molestarme...?

-Sí.

Astrid movió su rubia cabeza.

—Todo lo contrario, amigos. Me sentiré muy feliz de teneros conmigo, creedme.

—Nosotros también nos sentiremos felices, reina Astrid.

—Vamos, entremos ya en mi palacio y os lo mostraré de arriba abajo —rogó la reina de los mares de Galtio.

CAPITULO XII

Fueron muchas ¡as sorpresas que se llevaron los expedicionarios terrestres en el fabuloso palacio de la reina Astrid, pero, la mayor, fue sin duda el descubrir que no todas sus estancias se hallaban inundadas de agua.

Algunas de ellas estaban llenas de aire, que continuamente se renovaba. Eran las menos, desde luego, pero para los terrestres resultó muy grato que en el palacio de la reina Astrid, pese a tratarse de una construcción submarina, hubiese algunas habitaciones sin una sola gota de agua.

A ellas se accedía por una especie de escotilla, y era como estar fuera del mar. Casi todas las estancias, tanto las inundadas como las otras, disponían de un mirador circular, protegido por un cristal de considerable grosor, extraordinariamente resistente.

Por dichos miradores, se podía contemplar el fondo del mar.

Pero los expedicionarios terrestres, especialmente los varones, preferían contemplar a las mujeres-pez que habitaban en el palacio de la reina Astrid.

Eran auténticas sirenas.

Todas tenían el cabello muy largo, y eran bellísimas.

No vestían prenda alguna, por lo que todas exhibían con la mayor naturalidad sus hermosos pechos. Ninguna de ellas hablaba la lengua terrestre, por lo que no podían entenderse con los invitados de la reina Astrid, a menos que ésta hiciera de intérprete o traductora.

Por ello, las mujeres-pez se limitaban a sonreír a los terrestres, demostrando ser amables, complacientes y sumamente cariñosas.

Lars, Viktor y Zenon estaban encantados con todas ellas, aunque en el fondo lamentaban que sólo fuesen mujeres de cintura para arriba, porque no existía la posibilidad de tener una aventura amorosa con ninguna.

Una pena.

Claro que quedaba la reina Astrid...

Y ella tenía piernas.

Y todo lo que una mujer debe tener.

Lars, Viktor y Zenon no tenían la menor duda al respecto, pues se habían fijado muy bien cuando Astrid subía por las escotillas a las estancias que estaban llenas de aire.

La túnica brillante que lucía la diosa era tan deliciosamente corta, que...

Katarina, Dominique y Tanija también se fijaron, claro, y las tres sintieron deseos de sugerirle a la reina Astrid que usara pantaloncitos, cuando no adoptaba forma de sirena.

No lo hicieron, claro.

Lo que sí se habían propuesto hacer las tres, era no perder de vista ni un solo minuto a Lars, Viktor y Zenon. Si no los dejaban solos, no tendrían oportunidad de intimar con la hermosa Astrid.

En una de las estancias llenas de aire, la reina Astrid había ofrecido un suculento y apetitoso almuerzo a los expedicionarios terrestres, servido por tres de ¡as mujeres-pez que habitaban en su palacio.

Se habían sentado todos en el suelo, sobre blandos almohadones, en torno a una mesa semicircular.

Resultaba muy gracioso ver cómo caminaban las sirenas, pues lo hacían dando saltitos con sus brillantes colas de pez. Parecía que iban a caerse de un momento a otro, esparciendo por el suelo los deliciosos manjares que portaban en sus bandejas, pero la verdad es que ninguna perdió el equilibrio.

Lo de los saltitos, además de gracioso, resultaba estimulante para los varones terrestres, pues también saltaban otras cosas muy tentadoras.

Lars Blinn, Viktor Kolesnikov y Zenon Fleisher aún lamentaron más que aquellas preciosas mujeres sólo lo fueran de cintura para arriba, y empezaron a pensar en pedirle a la diosa Astrid que hiciera uso de sus poderes y les sustituyera la cola de pez por un buen par de piernas... con todo lo demás.

Aunque sólo fuera por unos días.

De pronto, a Katarina Sachse se le ocurrió preguntar:

—¿Cómo es Nago, reina Astrid?

—¿Físicamente, te refieres?

—Sí, siento curiosidad por saber qué aspecto tiene. ¿Es un hombre-pez, como tus guerreros...? ¿Tiene piernas, como tú...?

Lars, Viktor, Zenon, Dominique y Tanija quedaron pendientes de la respuesta de la diosa de las profundidades, muy interesados también en saber cómo era físicamente el perverso Nago.

Astrid explicó:

—Nago es esencialmente un hombre-pez, aunque, como yo, puede sustituir su cola por un par de piernas cuando le conviene, haciendo uso de sus poderes. No es, sin embargo, como mis guerreros. Estos, de cintura para arriba, son hombres musculosos y atractivos, sin nada que los diferencie de los varones terrestres. Nago, en cambio, tiene más aspecto de bestia marina que de hombre. Incluso de cintura para arriba, puesto que tiene un par de cuernos horribles en la cabeza, unas orejas grandes y puntiagudas, una boca monstruosa, unas manos que más parecen garras, y una aleta dorsal que nace en su nuca y llega hasta el final de la espalda. Es una aleta dentada, muy peligrosa. Nago la utiliza mucho en sus peleas. Siempre lleva consigo un largo tridente, cuyo arpón central despide unos rayos azulados, casi tan poderosos como los que lanza mi cetro.

Los expedicionarios terrestres habían quedado impresionados por las palabras de la reina de los mares de Galtio.

—Por tu descripción, Astrid, se deduce que Nago, más que un hombre-pez, es un monstruo marino... —murmuró Katarina.

—Efectivamente —asintió la diosa.

—Un monstruo marino cuyos poderes radican en su largo tridente, ¿no? —habló Lars.

—Así es.

—Entonces, si pudiéramos arrebatarle el tridente...

—Nago dejaría de ser peligroso. El lo sabe, y por eso no se separa nunca de su tridente.

—Como tú de tu cetro... —observó Zenon Fleisher.

—En efecto —sonrió Astrid—. La mayoría de mis poderes radican también en mi cetro. Si alguien me lo arrebatara, yo sería casi tan vulnerable como cualquiera de mis guerreros. Por eso siempre lo llevo

conmigo. Si mi cetro cayera en manos de Nago, él acabaría fácilmente conmigo.

—Y tú acabarías fácilmente con Nago, si consiguieras arrebatarle su tridente —dijo Viktor.

—Por descontado —respondió Astrid—. Pero es muy difícil apoderarse del tridente de Nago, ya os lo he dicho.

—Tenemos que encontrar la manera —rezongó Lars—. Quizá, tendiéndole una trampa...

—¿Trampa?

—Tú dijiste que Nago raramente da la cara a menos que esté absolutamente seguro de que no corre ningún peligro, ¿no?

—Así es —asintió Astrid.

—Pues de eso se trata. Tenemos que atraer a Nago, haciéndole creer que no existe ningún peligro para él. Alguno de nosotros puede servir de cebo.

Viktor, Dominique, Zenon, Tanija y Katarina se miraron entre sí, en silencio.

—¿Qué te parece la idea, Astrid? —preguntó Lars, en vista de que tampoco ella decía nada.

La diosa movió negativamente la cabeza.

—Te lo agradezco mucho, Lars, pero no quiero que os arriesguéis por mí.

—El riesgo será mínimo, Astrid, porque tú te hallarás presta a intervenir. En cuanto Nago aparezca, tú te dejarás ver y acabarás con él. Y, si hemos conseguido arrebatarle su tridente, será pan comido para ti.

La reina de las profundidades vaciló.

—Me estás tentando. Lars.

Blinn se atrevió a cogerle la mano.

—Acepta nuestra colaboración, Astrid. Queremos ayudarte a destruir al monstruoso Nago. El ha intentado repetidamente acabar con nosotros. Y lo hubiera conseguido, de no haber acudido tú en nuestra ayuda. Te debemos la vida, Astrid. Permítenos mostrarte

nuestro agradecimiento colaborando en el exterminio del malvado Nago.

La diosa sonrió.

—Está bien, acepto vuestra colaboración.

—¡Magnífico! —exclamó Lars—, Ahora, estudiemos la mejor manera de atraer a Nago.

* * *

Lars, Viktor y Zenon habían expuesto ya algunas ideas para hacer caer en la trampa a Nago, pero la reina Astrid las había rechazado todas, por estimarlas demasiado arriesgadas.

Katarina. Dominique y Tanija también expusieron las suyas, y fue precisamente la finlandesa quien sugirió:

—¿Podrías, haciendo uso de tus poderes, suplantar a una de nosotras, reina Astrid…?

—¿Suplantar?

—Sí, adoptar mi físico, el de Dominique, o el de Katarina.

—Creo que sí —respondió la diosa.

—Entonces, ya está.

—¿Cuál es tu plan, Tanija? —preguntó Zenon.

—Escuchad…

CAPITULO XIII

El plan de la finlandesa era bueno.

El mejor de cuantos se habían expuesto.

Por eso fue aprobado por la reina Astrid, quien vaticinó:

—Creo que conseguiremos engañar a Nago.

—¡Seguro! —exclamó Zenon Fleisher.

—Has tenido una idea genial, Tanija —opinó Lars Blinn.

—Gracias.

—¡Nago caerá en la trampa, estoy seguro! —profetizó Viktor Kolesnikov.

—Bien, ahora sólo falta decidir a cuál de las tres debo suplantar —dijo Astrid.

—A Katarina —respondió inmediatamente Lars.

La germana frunció ligeramente el ceño.

—¿Por qué precisamente a mí? —preguntó.

—Bueno, es evidente que quien se encuentre con Astrid en el momento en que Nago aparezca, jugará un papel importante en el plan. Y quiero reservármelo para mí.

Katarina no replicó.

Astrid sonrió y dijo:

—Está decidido, pues. Adoptaré la personalidad de Katarina y me haré pasar por ella.

La alemana rezongó algo, pero nadie logró entender lo que decía.

* * *

Había llegado el momento de suplantar a Katarina Sachse.

Astrid indicó:

—Desnúdate, Katarina.

La germana respingó.

—¿Que me desnude?

—Sí, tengo que ponerme tu traje. Además, necesito verte desnuda, para poder adoptar tu físico exacto —explicó la diosa de las profundidades.

—Entiendo —rezongó Katarina, desabrochándose el cinto.

Después, se sacó las botas y se despojó del traje, conservando únicamente el breve pantaloncito.

Astrid apuntó la prenda íntima y dijo:

—Eso también, Katarina.

—Quieres copiarme hasta el último detalle, ¿eh?

—Sí.

—Sospecho por qué —masculló la germana, y se despojó de la reducida prenda.

Viktor Kolesnikov y Zenon Fleisher carraspearon ligeramente.

Lars Blinn reprimió una sonrisa.

Sabía por qué carraspeaban Viktor y Zenon, y lejos de molestarle, le divertía. Katarina también lo sabía, y los mandó al cuerno con el pensamiento.

Astrid se despojó de la corta túnica y quedó tan desnuda como la germana, provocando las toses de Viktor, Zenon y el propio Lars.

Katarina, Dominique y Tanija sintieron deseos de abofetearlos a los tres, pero se contuvieron.

La hermosa Astrid, con los ojos fijos en el cuerpo desnudo de la alemana, se envió un rayo purpúreo con su cetro y se convirtió en una segunda Katarina Sachse, sólo que con corona y cetro.

La auténtica Katarina no pudo reprimir un respingo al verse reflejada como en un espejo.

—¡Es increíble! —exclamó.

—¡Parece su hermana gemela! —dijo Dominique.

—¡Son iguales como dos gotas de agua! —añadió Tanija.

Lars, Viktor y Zenon no dijeron nada, pero estaban tan atónitos como Katarina, Dominique y Tanija.

Ni siquiera Lars, con lo que había intimado con Katarina y lo bien que conocía su cuerpo, hubiera sido capaz de distinguir a la verdadera de la otra.

Astrid recogió su túnica y se la ofreció a la germana.

—Ponte esto, Katarina. Sé que te sientes incómoda desnuda.

La alemana se colocó la túnica.

A continuación, fue Astrid la que se vistió con las ropas de Katarina, ocultando su cetro bajo el traje. Después, se quitó la corona y se la puso a la germana, diciendo:

—Guárdamela hasta que vuelva, Katarina.

—De acuerdo.

Lars Blinn sonrió y dijo:

—Te sienta muy bien la corona, Katarina.

—Aunque luzca la corona de Astrid, no olvides que la auténtica Katarina soy yo, Lars.

—¿Qué quieres decir?

—Acércate y te lo diré al oído.

Blinn obedeció.

—Si haces el amor con Astrid, te despellejo vivo —amenazó la germana, en tono susurrante.

El norteamericano respingó.

—¿Cómo puedes pensar que yo...? —exclamó.

—Es posible que te confundas. Como ahora somos tan iguales... —recordó Katarina, con ironía.

Lars carraspeó.

—No me confundiré, descuida.

—¿Nos vamos, Lars...? —se dejó oír Astrid.

—Sí, Katarina.

La germana dio una rabiosa patadita en el suelo. —¡Katarina soy yo! —gritó.

Lars tosió nerviosamente.

—Por supuesto, Katarina.

Viktor, Dominique, Zenon y Tanija estaban riendo ya, lo mismo que la reina Astrid, ahora convertida en el doble exacto de Katarina Sachse.

* * *

Desde su guarida, el malvado Nago vigilaba el palacio de la reina Astrid a través de una gigantesca concha, que le ofrecía unas imágenes claras.

Era como contemplar el palacio de Astrid a través de una pantalla de televisión. Y si lo contemplaba sólo exteriormente, es porque Astrid había tomado hacía ya tiempo las medidas necesarias para que Nago no pudiera captar imágenes de cuanto sucedía en el interior de su palacio.

Nago, por su parte, había hecho lo mismo.

Astrid disponía de una concha similar, en la que, gracias a su poder, podía ver reflejadas imágenes de cualquier lugar de Galtio, excepto de la guarida de Nago.

Este hacía trabajar su cerebro, tratando de hallar la manera de acabar con los expedicionarios terrestres. Mientras éstos continuasen en el palacio de Astrid, sería muy difícil.

Por eso, cuando Nago vio que los tres varones y las tres mujeres terrestres salían del palacio, protegidos por los guardianes, se alegró infinitamente.

De manera especial, porque Astrid no iba con ellos.

Eso pensaba Nago, claro.

Astrid sí formaba parte del grupo, bajo el aspecto físico de Katarina Sachse, que era quien realmente había quedado en el palacio.

Nago vio que los terrestres se introducían en su nave, y dedujo que se disponían a alejarse del palacio de Astrid, pues los guardianes que

les habían dado protección hasta la cabina estanca de la nave se apartaron de ésta y volvieron a sus puestos de vigilancia.

La nave, efectivamente, se ponía en movimiento poco después, abandonando las cercanías del palacio de la reina Astrid.

Nago asó la mano por encima de la concha, y ésta le ofreció al instante la imagen de la cabina de mandos de la nave, en la que pudo ver a los seis expedicionarios terrestres.

La monstruosa boca de Nago se distendió en forma de sonrisa.

Se sentía muy contento.

Sólo tenía que esperar que la nave terrestre se alejara lo suficiente del palacio de Astrid.

Después...

* * *

La nave terrestre emergió del mar y se dirigió a una de las playas, pilotada por Lars Blinn, quien poco después decía:

—Hazte cargo de los mandos, Viktor.

—Bien —respondió el ruso.

Formaba parte del plan que Lars y la falsa Katarina abandonaran la cabina de mandos y se dirigieran a los camarotes. De esta manera, al hallarse separados de Viktor, Zenon, Dominique y Tanija, tenían muchas más probabilidades de ser atacados por Nago, como ya le ocurriera a Dominique, cuando se estaba duchando, y más tarde, cuando se encontraba acompañada de Viktor.

Lars se levantó de su sillón y rogó:

—Ven conmigo, Katarina.

—De acuerdo —respondió Astrid, sonriendo.

Se trasladaron los dos al camarote de Katarina.

Lars ya no portaba el subfusil de rayos ultrasónicos, pero seguía llevando al cinto la pistola de rayos láser. También Astrid llevaba colgando del cinto la pistola de Katarina, aunque para ella, lo verdaderamente importante, era poder recurrir a su poderoso cetro si Nago se dejaba ver.

Necesitaría unos pocos segundos para abrirse el traje y empuñar el cetro, y Lars se encargaría de proporcionárselos, atrayendo la atención de Nago.

Ya estaban en el camarote.

Lars abrazó a Astrid, como si fuera la verdadera Katarina, y dijo:

—Tenía ganas de besarte, Katarina.

—¿De veras? —sonrió Astrid.

—Sí, unas ganas locas —aseguró Lars, y la besó con fervor.

Astrid tenía la boca de Katarina, pero sus labios tenían un sabor distinto. Distinto… pero igualmente delicioso, por lo que no supuso ningún sacrificio para Lars.

En ello estaban, cuando Nago apareció repentinamente en el camarote, con piernas de hombre en vez de cola de pez, y su poderoso tridente en las manos.

Lars lo descubrió al instante, y no pudo evitar que un escalofrío recorriera su cuerpo al comprobar que Astrid no había exagerado lo más mínimo al describir el aspecto de Nago.

No era un hombre, era una bestia.

Un auténtico monstruo.

A pesar de ello, Lars hizo como que no había reparado en la presencia de Nago. También Astrid había descubierto a su feroz enemigo, pero supo disimularlo perfectamente.

Ella no debía intentar nada hasta que Lars saltara sobre Nago y luchara por arrebatarle el largo y temible tridente.

El terrestre ya estaba dispuesto para intentarlo.

Confiaba en el factor sorpresa, muy importante. De ahí que Astrid y él fingieran no haber descubierto a Nago.

Lars se separó bruscamente de la falsa Katarina y saltó como un tigre sobre el monstruoso Nago, cuyo tridente aferró con todas sus fuerzas.

Intentó arrebatárselo de un tirón, pero, a pesar de la sorpresa, Nago supo retener su poderosa arma.

Lars se dio cuenta de que el monstruo marino tenía una fuerza descomunal, varias veces superior a la suya.

Astrid lo sabía de sobra, así que se abrió velozmente el traje, dando la espalda a Nago, aunque vigilándolo por encima del hombro.

Nago lanzó un rugido estremecedor y se deshizo de Lars de un terrible empujón, haciéndolo rodar por el suelo. Inmediatamente le apuntó con su tridente, dispuesto a enviarle un rayo azulado con el arpón central.

Astrid ya estaba empuñando su cetro.

—¡Nago! —rugió.

El monstruoso ser la miró y se quedó paralizado.

No comprendía cómo la mujer terrestre tenía el cetro de Astrid.

La diosa de las profundidades le sacó de dudas, revelando:

—¡Soy Astrid, y voy a acabar contigo, canalla!

Nago se aterró y quiso esfumarse velozmente, haciendo uso de sus poderes, pero Astrid le envió un rayo purpúreo con su cetro, alcanzándole en el pecho.

Lars vio que Nago lanzaba un bramido terrible, ensordecedor, y soltaba su tridente, mientras su monstruoso cuerpo se convertía en un esqueleto puro.

Astrid no pudo reprimir un grito de júbilo.

—¡Te vencí, Nago! ¡No volverás a perturbar la paz de los mares de Galtio, monstruo sanguinario! ¡Ya no eres más que un montón de huesos, bestia cruel!

EPILOGO

Los expedicionarios terrestres permanecieron una semana entera en Galtio, en el palacio de la reina Astrid, gozando de la hospitalidad de la diosa de las profundidades.

Después, emprendieron el regreso a la Tierra.

Astrid les pidió que se quedaran más tiempo en Galtio, pero Zenon Fleisher le hizo comprender que no podía ser, si bien le prometió que volverían a Galtio muy pronto.

Y, puesto que pensaban volver, Astrid les sugirió que conservasen las branquias de que ella les había dotado, haciendo uso de sus poderes.

Los terrestres, naturalmente, se sintieron encantados de regresar a la Tierra con branquias y pulmones, como si fueran seres anfibios.

¡Pues no iban a presumir ni nada, buceando horas enteras sin tener que recurrir a las botellas de aire!

Lars Blinn se hallaba en la cabina de mandos, acompañado de Katarina Sachse. Los demás, se habían retirado a descansar.

—¿Sabes que Zenon quiere casarse con Tanija, Lars? —informó la germana.

—¿De veras...? —exclamó Blinn.

—Sí, se lo ha pedido. Y ella ha aceptado, claro.

—Me alegro mucho. Ya era hora de que el señor Fleisher se conformara con una sola mujer.

—Según parece, Viktor también va a conformarse con una sola mujer.

—¿Con Dominique...?

—Sí, desea casarse con ella.

—Sabía que Viktor estaba enamorado de Dominique, pero no me había dicho que pensara contraer matrimonio...

—¿Qué dices de ti, Lars?

—¿De mí?

—¿Me quieres menos que Zenon a Tanija y Viktor a Dominique?

—¡Más, mucho más!

Katarina se levantó del sillón del copiloto y se sentó en las rodillas de Lars, cuyo cuello cercó suavemente con sus brazos.

—¿No vas a pedirme en matrimonio, Lars...?

—¿Te gustaría?

—Me volvería loca de alegría.

—Pues ya puedes ir encargando una camisa de fuerza —sugirió Lars, y besó a la bella germana.

Tan sólo unos minutos después, Lars Blinn conectaba el piloto automático y hacía el amor con Katarina Sachse.

En la cabina de mandos, como la primera vez.

Y resultó tan fantástico como entonces.

F I N



(1 1) Especie de arpón, con tres dientes.